LA INVASIÓN

Daniel Alejandro Collazos Camilo

Valle Invencible
GOBERNACIÓN VALLE DEL CAUCA
Secretaría de Cultura
Colección de
Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs 2020

LA INVASIÓN

COLECCIÓN DE AUTORES VALLECAUCANOS

LA INVASIÓN

COLECCIÓN DE AUTORES VALLECAUCANOS

Modalidad: Novela

Daniel Alejandro Collazos Camilo

Secretaría de Cultura
Gobernación del Valle del Cauca
Premio Jorge Isaacs

Cali, Valle del Cauca Diciembre 2020

Gobernación del Valle del Cauca

Clara Luz Roldán González
Gobernadora

Leira Giselle Ramírez Godoy
Secretaría de Cultura

Beatriz Escobar
Líder del Programa

La Invasión
© Autor: Daniel Alejandro Collazos Camilo

Jurado calificador Concurso Autores Vallecaucanos - Modalidad Novela
Antonio García Ángel, Paola Guevara y Edgard Collazos

Diagramación e impresión:

IMPRETICS
E.I.C.E.

www.imprentadepartamental.gov.co

Colección Autores Vallecaucanos
Editor: Secretaría de Cultura Valle del Cauca
Edificio San Francisco, piso 2 - Tel. 886 00 63

Diseño de ilustración de portada: Daniel Alejandro Collazos Camilo

ISBN: 978-958-59920-6-1

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización de los editores y de los propietarios del copyright

Advertencia: El contenido de esta novela pertenece al mundo de la ficción. Si algún hecho, personaje o lugar descrito en la obra presenta similitud o parecido con personas, eventos o locaciones que hayan existido o existan en la realidad, es mera coincidencia.

Cali, Colombia, Diciembre 2020

La Cultura está en Vos · Gobernación Valle del Cauca · Secretaría de Cultura

Valle Invencible

GOBERNACIÓN VALLE DEL CAUCA
Secretaría de Cultura

Colección de
Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs 2020

ÍNDICE

I 9
II 11
III 13
IV 15
V 17
VI 20
VII 22
VIII 24
IX 26
X 28
XI 31
XII 33
XIII 36
XIV 38
XV 40
XVI 42
XVII 44
XVIII 46
XIX 48
XX 51
XXI 54
XXII 56
XXIII 58

XXIV 61
XXV 63
XXVI 66
XXVII 68
XXVIII 70
XXIX 73
XXX 75
XXXI 77
XXXII 80
XXXIII 83
XXXIV 87
XXXV 90
XXXVI 94
XXXVII 97
XXXVIII 100
XXXIX 102
XXXX 105
XXXXI 108
XXXXII 111
XXXXIII 114
XXXXIV 116
XXXXV 118
XXXXVI 121
XXXXVII 123
XXXXVIII 126
XXXXIX 129

LA INVASIÓN

I

Arturo miró el marco de la ventana y dio con la suculenta marchita. Su esposa se la regaló cuando estaba enferma. Afuera no se veía más que la neblina que los aislaba del mundo y que había robado ls colores de los árboles y las montañas. La niebla vino con su enfermedad, o así lo recordaba él. Salió en la mañana de una casa luminosa y rosada como el rubor de sus mejillas y volvió a la tarde, luego de trabajar la tierra y ayudar a algunas personas con sus conocimientos médicos, a un montón de ladrillos mal pintados bajo unas tejas metálicas. Abrió la puerta de madera y la encontró en el piso revolcándose sobre los tablones. Se sujetaba la parte baja del abdomen. Sudaba. Tenía el pulso débil. Había gritado y nadie la escuchó. Quiso tratarse a sí misma con brebajes, paños húmedos y sobadas como él le había enseñado, pero el dolor empeoró y la tiró al suelo.

Cuando llegaron con el médico, este no tardó en desahuciarla. Tampoco hubiera podido darle tratamiento porque estaba haciendo las maletas, como tantos otros... Volvieron el camino a caballo y ella pidió que se detuvieran en la casa de Mariela. La conocían por vender semillas y plantas de todo tipo en su casa, que también servía como vivero. Ahí compró la suculenta y se la entregó en sus manos.

—Tiene las puntas azules como esa camisa tuya que tanto me gusta. Esta mata va a ser el símbolo de nuestra esperanza, ya vas a ver. ¿La cuidarías por mí?

Arturo procuró trabajar lo mínimo para estar pendiente de ella. Se acostaba a su lado sin cerrar los ojos para entregarle su cuerpo a los golpes y los arañazos desesperados de la agonía. Cada día menos vecinos venían a verla. Cada mañana la neblina se hacía más densa y más invasiva. Las tardes permanecían grises y los rayos del sol se convirtieron en un recuerdo lejano. La puerta del cuarto mantenía abierta y desde la cama podían ver la suculenta sobre el marco de la ventana, enfrentada al universo descolorido de afuera, así como ellos se enfrentaban a la muerte y al mundo cada vez más extraño detrás de las paredes.

Aquella noche tomó entre las manos a su esposa deformada por el dolor y la abrazó con todo el amor que le había profesado de joven, con todo el arrepentimiento que sentía de viejo por no haber sido mejor. Tuvo los dedos apretados entre los puños de ella hasta que fueron cediendo como el florecer de una rosa.

La esperanza murió y ahora él estaba solo frente al cristal empañado de la ventana. Limpió el vidrio con la manga y descubrió que tres hombres armados cruzaban la cerca de su casa. Llevaban fusiles en la espalda, uniforme camuflados y botas negras de cordones. Los había visto antes. Sabía lo que querían. Tocaron a la puerta y gritaron sin esperar que abriera.

—¡Se tiene que ir!

II

Mariano descendía de la montaña invadida por la niebla. Sólo llevaba un maletín en la espalda y dos tulas tejidas que le cruzaban el pecho hasta caer a lado y lado de las caderas. Bajaba la trocha ayudado con la rama de un árbol. Tenía 45 años y gozaba de buena salud, pero el terreno era tan irregular que le dolían los tobillos a pesar de haber vivido siempre en lo más lo alto. Tal vez no estaba acostumbrado a bajar tanto. El cielo clareaba con cada paso que ponía entre el polvo y las piedras de la cuesta. Miró hacia atrás y no pudo ver mucho más allá de sus últimos pasos. La neblina se hacía densa y cerrada entre más alta dirigía su mirada, como si ya no le fuera lícito ni si quiera ver hacia el pasado, hacia la tierra a la que había pertenecido. Al volver la cabeza, distinguió a Arturo un poco más abajo, entre la maleza y el futuro incierto. Recordó un dicho que solía decir su padre cuando las cosas se complicaban en la casa.

—La desdicha es más llevadera si vas acompañado.

Desde el borde de una peña le hizo el silbido que usaban para comunicarse cuando abrían trochas entre las montañas. Arturo giró y se quedó viéndolo un rato sin reconocer más que una sombra confusa tras el cielo algodonoso de la montaña. Aun así, esperó y lo vio aparecer progresivamente, como si atravesara un pasillo

lleno de velos. Supo por el sonido de sus pisadas que tampoco lo habían dejado llevar muchas cosas consigo. Con la vista confirmo que sólo traía un maletín y una matera pequeña con una suculenta marchita en una mano. Cuando estuvieron juntos, uno frente al otro, se miraron sin decir ninguna palabra y luego siguieron cuesta abajo hasta llegar a la carretera destapada, donde no circulaban más que buses perdidos y las camionetas de don Armando y los invasores. Atrás no quedaba el cerro de sus infancias, sino un borrón blanco en medio de la naturaleza perdida.

Caminaron por la carretera como cuando eran niños y se alejaban del pueblo en busca de aventuras. A veces bajaban hasta el río para pasar la tarde pescando, se sumergían en el monte crecido para buscar chicharradas estalladas, armaban caucheras para cazar pájaros, rodaban por las montañas más empinadas con ayuda de un cartón o se infiltraban en los terrenos de don Armando para contar todas las terneras que tenía. Cuando pasaron cerca de la verja donde empezaba su finca, vieron que a él no lo habían desalojado. Era obvio, estaba aliado con los despojadores.

De niño, Mariano había prometido tener una casa tan grande como esa, con sus hectáreas y su opulencia; hoy se iba con las manos vacías. ¿Sería capaz de hacer el mal para conseguir esa aspiración? ¿Acaso la única forma de obtener ganancias era robando a los demás, viviendo del más débil, del que está indefenso? El capataz salió con una escopeta en la mano y les exigió que siguieran su camino hacia ninguna parte.

III

Mariela se les unió más tarde, en la carretera principal, donde sí pasaban autos a toda velocidad junto a ellos. Llevaba el vestido con el que aparecía en los velorios y el pelo también negro y revuelto. La piel era pálida y se notaba a leguas que no estaba bien de salud ni de espíritu. Aunque la vieron llegar sola, tuvieron la delicadeza de no preguntarle por el marido. Como no pudo rescatar nada de comida, los dos hombres le compartieron de la suya y le regalaron una botella plástica que llenar en cada charco o quebrada que encontraran.

—Donde comen dos, comen tres.

Ella acarició su vientre y respondió mirando hacia atrás, donde ya no alcanzaban a ver ni la montaña ni la neblina.

—Somos cuatro.

La carretera se extendía infinita hacia la nada, la niebla se había quedado con sus casas, las provisiones se agotaron y el cielo permanecía tan limpio que podían ver la luna durante el mediodía. El asfalto reverbera del calor. En la distancia parecía tener charcos que no existían. Sólo el vuelo de las aves se interponía de vez en cuando entre ellos y el sol. Sintieron los labios amargos y el estómago retorcido en un nudo ciego.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

Los dos hombres se miraron, sonrieron a pesar de la desgracia y armaron un par de caucheras con lo que llevaban encima.

IV

Antonio les dio posada un par de días. Vivía con su hijo Julián en una casa modesta en las afueras de la ciudad. El sustento se lo daba la cancha que tenían al lado del domicilio y las clases de fútbol que Antonio les impartía a los niños de los alrededores. Como creció viendo partidos de fútbol, camisetas de los mundiales y álbumes Panini, Julián jugaba futbol desde pequeño y para él no había nada más importante que el tiempo que pasaba entrenando para ser profesional, aunque sólo fuera un niño. Se obsesionó con la idea de hacerse millonario para comprar casas, carros, ropa, videojuegos, todas las cosas que él pensaba que hacían feliz a las personas. También se obsesionó con la arrogancia de ciertos futbolistas que vio en la tele.

—Qué opinión le merece el partido de hoy?

—Estaba claro que íbamos a ganar, somos los mejores.

Acostumbraba a decir frases de la misma índole cuando jugaba con los otros niños, a los que aventajaba por su educación deportiva recibida en casa.

Antonio se quedó sorprendido cuando los vio porque nunca había estado frente a unos zapatos tan gastados como los de aquellos tres: los ángulos estaban redondeados hasta la perfecta circularidad y las suelas tan delgadas como hojas

de papel. Los dejó dormir afuera porque el jovencito no quería que entraran y ensuciaran sus cosas.

El primer día, Julián los vio tiritar de frío en la madrugada a través de la ventana. Llovía y las gotas resonaban sobre las tejas como la emoción de un estadio repleto. No lo aplaudían a él, eso seguro. Como no podía conciliar el sueño, encendió la televisión y vio un documental que le hicieron a un mítico delantero brasileño. Cuando terminó con la escena del futbolista viajando a las favelas para regalarles guayos, camisetas y balones a los niños más pobres, quienes jugaban descalzos sobre canchas de tierra y cemento, Julián seguía sin sueño y no paraba de ver hacia afuera por la ventana.

El segundo día, no pudo concentrarse cuando salió a la cancha con sus guayos favoritos. Al oscurecer, vio por el cristal cómo su padre les prestó una cobija y unas cortinas sucias a sus invitados.

Al día siguiente partieron. Antonio salió a despedirlos y les regaló un par de zapatos y los que llevaba puestos, de modo que quedó descalzo sobre la hierba rala. Mariano y Arturo le dieron uno de los pares a Mariela y se pusieron cada uno un zapato. Les iban grandes. Habían caminado veinte metros cuando Julián los alcanzó vestido con el uniforme de la Selección y los guayos en la mano.

—Gracias, mijo, pero mejor los guarda porque nos quedan pequeños.

—Se los dan al niño cuando crezca, para que sea futbolista como yo.

V

Andrés estaba sentado en medio de una oficina impecable. Dos velitas aromáticas ardían en lo alto de la estantería. Superiores y compañeros lo elogiaban por lo ordenado que mantenía todo y eso lo exigía a seguir así o mejorar. Por ello había trasladado esa obsesión a sí mismo, procurando hablar correctamente, comprando lo mejor para su armario, pagando una cara ortodoncia para mantener los dientes alineados y yendo todas las noches al gimnasio para mantenerse en forma.

Quería lo mismo para los documentos que debía redactar, pues buscaba ser elogiado no sólo por la apariencia de sus actos, sino también por la claridad de sus pensamientos. No obstante, la hoja que tenía sobre el escritorio continuaba en blanco debido a un ruido molesto que se filtraba por debajo de la puerta cerrada y por entre la pequeña abertura que quedaba entre la ventana y el marco de la misma. Sin soportar más la situación, salió a ver qué era el escándalo de afuera. El vigilante estaba alegando con dos hombres y una mujer. Los tres estaban sucios y ella estaba embarazada.

—¡No los puedo dejar pasar!

Andrés intervino.

—¿Qué quieren los señores?

Se sintió a gusto con sus palabras, con su performance. Supo medir con cuidado la compasión y la rigidez.

—Venimos a denunciar que nos sacaron de nuestras tierras hace una semana.

Andrés miró al vigilante y con un ademán de cabeza le comunicó que los dejara pasar. Esta vez ni siquiera tuvo que hablar. Estaba perfecto. Como la encargada de esos casos no había ido, los llevó a su oficina y les brindó agua en vasos desechables. Abrió la ventana y escribió lo más rápido que pudo, evitando mirarlos a los ojos. Lo atemorizaban sus rostros llenos de angustia. ¿Fue un error dejarlos entrar en su oficina?

—Ya quedó lista la denuncia y mañana mismo la entrego a la persona encargada. ¿Dónde podría notificarlos cuando reciba una respuesta? ¿No tienen familiares aquí?

—No.

Al entregarle la copia de la denuncia a Mariela, evitó tocarle los dedos. Llevaba las uñas largas y llenas de tierra.

—¿Podrían volver dentro de un mes para ver cómo sigue el asunto?

—Sí, si sobrevivimos…

Andrés encendió el ventilador y les dio la espalda para fingir que organizaba unos documentos de la estantería. Estaba seguro de que entenderían su sutileza.

—¿No nos pueden ayudar? No tenemos dónde dormir.

—Las residencias humanitarias ya están llenas..., pero voy a tratar de separarles un cupo. Cuando regresen, les comento. ¿Les parece?

Andrés abrió la puerta y encendió otro par de velitas aromáticas.

VI

Marta dejó en el refrigerador la comida lista a sus hijos, Kevin y Yuliana, y salió de casa a las cuatro de la mañana, como todos los días, de lunes a domingo, como desde hacía tanto tiempo. El oriente de la ciudad, donde estaba, se encontraba dominado por casas de máximo tres pisos, fachadas coloridas, antejardines enrejados, puertas de hierro y calles agrietadas o destapadas. Marta iba con su blusa favorita de flores y una falda larga que le regaló su hijo al ganar su primer sueldo como repartidor. Esperaba el autobús pensando en cómo había cambiado Kevin desde que compró aquel celular. Imaginó con tristeza todas las cosas productivas que podría hacer su hijo con el tiempo que gastaba pegado a la pantalla. Estiró la mano y se subió a un bus viejo, enorme y repleto de gente. Había tantas personas en la puerta, colgadas de los pasamanos y de las varillas verticales del pasillo, que el conductor le recibió la plata del pasaje y le abrió la puerta de atrás. Ella se subió y se acomodó como pudo en medio de tanta otra gente. No conocía a ninguno, aunque distinguía a la mayoría de alguno de sus trayectos anteriores y había memorizado en qué parte de la ciudad se bajaba cada uno. Los viejos se bajaban en el Hospital Distrital para unirse a la larga fila que salía de la puerta hasta dar la vuelta a la manzana, los jóvenes en la Universidad Pública del Sur y el resto, incluida

ella, seguía hacia el sur de la ciudad donde descendían paulatinamente a medida que cada uno llegaba al lugar de su trabajo.

Marta se bajó en el barrio Álvaro Urdaneta, caminó tres calles y entró en la casa de sus jefes con la llave que le habían proporcionado. Llevaba trabajando para Diego y Susana más de cuatro años.

—Buenos días —susurró.

Dormían.

Se escabulló entre los muebles de la sala y las esculturas metálicas hasta el cuarto que le tenían por si alguna vez se animaba a trabajar de interna. Se cambió al uniforme azul con blanco, salió del cuartito y se deslizó hasta la cocina para dejar hirviendo el agua del café mientras salía a barrer la calle. Fue en ese momento cuando los vio pasar. Estaban tan sucios que creyó que eran indigentes, aunque nunca había visto personas así en el barrio. Temiendo que los tres fueran a robar a alguien, corrió a avisarle a Susana, la patrona. No la regañó por haberla despertado porque creyó que era importante. La señora salió en bata con el teléfono inalámbrico en la mano. Sonaba el tono cuando se dio cuenta que la mujer estaba embarazada, como ella. Su esposo también salió a asomarse. La voz de un oficial contestó la llamada. Guardaron silencio. El hombre puso una mano sobre el vientre de su esposa y con la otra colgó el teléfono. Los tres vieron cómo el otro trío se perdía entre el Paisaje agreste de la ciudad, con dirección al sector gastronómico.

VII

El Paisa llegó desde Antioquia con un pequeño capital. En su tierra natal trabajó en uno de los mejores restaurantes de comida típica, aunque este no tardó en cerrar porque comenzaron a extorsionar al dueño. Cuando llegaban a la calle empedrada donde estaba el establecimiento y subían la cortina metálica, no era raro que encontraran fotografías de los empleados y de las casas donde vivían acompañadas de amenazas. El dueño puso la denuncia y los policías daban rondas de vez en cuando, pero las advertencias no pararon. Cuando encontraron muerta a una de las meseras junto con un mensaje, el Paisa supo que se tenía que ir.

Llegó a la ciudad con la esperanza de encontrar al tío que lo crio de pequeño. Buscó inútilmente en los directorios e incluso regresó a la casa de su infancia. No había rastro de su tío por ninguna parte. El hospedaje en el hotel comenzaba a agotarle los ahorros y de su antigua ciudad no paraban de llegarle malas noticias.

A pesar de que la comida del buffet libre no estaba mal, la incertidumbre que se cernía sobre él comenzaba nublarle los sentidos, a mostrarle únicamente lo malo de las cosas a su alrededor. No podía hablar con alguien sin hacer una lista mental de sus defectos físicos, de las veces

que pronunciaba mal una palabra, de los movimientos corporales que le parecían extraños. ¿Comenzaba a enloquecer? Sin probar bocado, salió del hotel y caminó sin rumbo por la ciudad. Los puentes, las avenidas, los edificios. Se sintió diminuto. Huyó de ellos y se metió en una calle peatonal empedrada. Sus pasos resonaron contra el suelo y pronto se vio frente a un local en alquiler.

Sin dinero para arrendar un cuarto, al comienzo vivió ahí. Sacaba una colchoneta y una sábana que mantenía sobre una estantería para acostarse detrás del mostrador al terminar el día. Con el paso de los años, logró comprar una casa en otra parte de la ciudad y un carro en el que montaba el mercado, todo gracias al esfuerzo de sus manos, a levantarse cuando el cielo seguía oscuro, a caminar de casa en casa ofreciendo la carta de su cocina, a viajar hasta el campo con tal de conseguir productos frescos y baratos. Por eso cuando los vio entrar a su restaurante pidiendo comida, los sacó a patadas. No soportaba la idea de que existieran pobres, que los demás, que tal vez ni siquiera habían sufrido lo que él, se dedicaran a mendigar y a pedir ayuda. Pensó que no se esforzaban lo suficiente y que querían arruinar a los que se esforzaban como él. Vio en la cara de los comensales su misma incomodidad, su misma falta de empatía. Pagaron para comer tranquilos y los había estafado. Si el Paisa no los hubiera expulsado rápido, algunos no habrían dudado en pedir un reembolso. Cuando sus clientes siguieron comiendo y hablando entre ellos de temas distintos a lo sucedido, pensó que había sido, como otras veces, el héroe del que estaba tan orgulloso.

VIII

Miguel despertó una mañana y encontró a su mula destripada frente a la puerta. Sabían que colaboraba con la guerrilla. Ya eran las seis y parecía que la noche nunca hubiera terminado. La neblina se esparció rápidamente por el pueblo y él resistió cuanto pudo. Todavía mirando el cuerpo sin vida del animal, se vio enfrentado al dilema de unirse al movimiento y cobrar venganza o escapar como ya habían hecho otros. Se quedó otro rato viendo el cadáver del animal sin saber muy bien qué hacer. ¿No sería ese su mismo destino? De repente, abandonó su inercia, tomó un machete y corrió al pueblo. Gritó en medio de la calle principal:

—¡Unámonos y hagamos resistencia contras estos cerdos! Creen que pueden contra nosotros. ¡Ja! ¡Demostrémosles qué tan equivocados están!

Nadie respondió.

—¿Vamos a dejar tirada la tierra que sudaron nuestros padres, que nos regalaron con tanto amor?

Nadie respondió.

—¿Aunque sea hay alguien escuchándome en este puto pueblo? ¿No nos merecemos esto por nuestra cobardía?

Silencio.

Una a una abrió las puertas de las casas sólo para descubrir que estaban vacías.

Llegó a la ciudad con menos de lo que hubiera gustado traer. Pasó la primera noche en un parque y unos indigentes quisieron robarle lo que traía encima. Debajo del maletín que usaba como almohada, sacó el machete y les hizo frente. Pese a que logró ahuyentarlos, no pudo volver a conciliar el sueño el resto de la madrugada. Al amanecer, fue de negocio en negocio buscando trabajo. Nadie le dio respuesta, quizá por las ropas desteñidas y el machete en el cinto. Atardecía y llevaba nada en el estómago. Cruzaba una calle solitaria cuando vio al otro lado a uno que lo había rechazado antes. Fue la primera vez que robó.

Hacía un año de eso, con idas y salidas de la jaula que tenían en la comisaría para los crímenes menores, donde lo bañaron con manguera y agua fría en la madrugada, donde lo golpearon hasta entre cinco policías y donde había conocido el bazuco. Ahora deambulaba por la calle gastronómica de la ciudad recogiendo latas para venderlas en una chatarrería, siempre con su machete al cinto. Estaba en eso cuando vio que el Paisa sacó a tres personas de su restaurante. Los reconoció como iguales por las pintas de campesinos y porque también padeció lo mismo. Sintió tristeza y rabia al imaginar todo lo que les esperaba. Recordó los textos de sus antiguos camaradas, la lucha de clases, la injusticia social. Alcanzó a los tres desplazados y por fin consiguió que lo escucharán.

IX

En un apartamento del norte de la ciudad, Roberto estaba sentado en el balcón leyendo el acta de la última reunión de su constructora, aunque hacía media hora no cambiaba de página: no dejaba de pensar en Susana. Se conocieron hacía dos meses en la discoteca *Red Night*, cerca de su apartamento. Ella había escapado de casa para tomar un par de tragos. No tenía intención de conocer a nadie más que a sí misma y, sin embargo, lo conoció a él. Roberto sólo buscaba pasar la noche. Si bien quería mantenerse sobrio para tener ventaja frente a las mujeres ebrias, esa noche se sintió intranquilo. Repetía la misma rutina desde hacía tres meses. Cada jornada sentía con horror que se le acaban las palabras. En las noches, tendido sobre su cama, acompañado de una desconocida y con la vista fija en el techo impreciso, pensaba que se hacía viejo y aburrido, que nada de lo que pudiera venir a su vida sería más interesante que lo que ya había venido. Decidido a abandonar la ciudad el día siguiente para comprobar si podía sorprenderse de nuevo, quiso hacer un brindis para despedir a su viejo yo y fue ahí cuando la encontró sentada en la barra. Con sólo mirarla a los ojos supo que era diferente a las demás, que las aventuras anteriores, torpes y lánguidas, sólo tuvieron como único fin prepararlo para ese momento. No tuvieron

necesidad de hablar demasiado para darse cuenta de lo que ocurría entre los dos y corrieron a hacer el amor en cualquier sitio.

No la volvió a ver desde entonces, pero se quedó para encontrarla.

Roberto levantó la mirada del libro al sentir el olor a humo. Venía de la colina donde estuvieron juntos, como si la pasión de sus recuerdos hubiera incendiado la hierba seca. Salió del apartamento, bajó por el elevador y corrió hasta donde empezaba la cuesta. Frente a las llamas que reverberaban salvajes ante sus ojos, evocó cuando le dijo al oído que ahí le construiría una casa para que vivieran juntos.

Aun sin desearlo, el terreno ahora estaba listo para construir.

X

Cristina escuchó el teléfono a las dos de la madrugada. Dormía en el comando al igual que sus dos compañeros. Los despertó de un grito, vistieron sus uniformes, subieron al carro con la sirena puesta y atravesaron la ciudad con dirección a la colina quemada, en el norte de la ciudad. Salieron del centro, entre las casas de ventanas apagadas, los negocios cerrados con cortinas metálicas y candados que las asían al suelo, y la mirada perdida de los consumidores de droga recostados sobre las paredes abandonadas. A medida que se acercaban al fuego, Cristina vio por la ventana los imponentes edificios de apartamentos que la rodeaban. Le interesaron los puentes en arco dispuestos entre bloques y la dirección de las fachadas con respecto al norte y la brisa de la cordillera. Tenía dos años trabajando en su tesis de arquitectura y un año como voluntaria. Hubiera podido terminar antes, pero le aterraba el futuro, saber que tendría que buscar un trabajo como profesional y cumplir con sus propias expectativas de vida y las que otros depositaron en ella. Sentía miedo porque había visto fracasar a otros y triunfar a unos cuantos; y no sabía muy bien a qué grupo iba a pertenecer. ¿No podría alguien revelarle un pedacito de futuro para saber cómo guiar sus acciones hacia la

felicidad? Las llamaradas se extendían rápidamente entre la hojarasca, sin traspasar el río y la orilla húmeda. Ella sostenía la parte trasera de la manguera mientras sus compañeros manejaban la punta. Los estudiantes más pudientes de su curso ya tenían puestos asegurados dentro de las empresas de sus padres y contratos con la alcaldía para obras de infraestructura; mientras que ella debía afrontar la deuda que había adquirido por estudiar en una universidad privada.

Las horas pasaban y el fuego se apaciguaba como la pasión que tuvo por su carrera, por sus sueños. ¿Había valido el esfuerzo? Algunos de sus compañeros de colegio ya tenían motocicletas y vivían solos pagando el alquiler de sus hogares; otros hicieron carreras técnicas y ya contaban con un capital importante; unos pocos salieron del país gracias a la colaboración de familiares, a que se casaron con extranjeros o a que se quedaron como inmigrantes ilegales. ¿Había algún mérito en ello? Sin duda vivirían mejor que ella, atrapada en el tercer mundo. ¿No podría hacer lo mismo? ¿Tendría el valor para afrontar lo desconocido y empezar de cero? En el transcurso de la carrera varios profesores elogiaron su talento. Lastimosamente, el mundo afuera no igual que adentro, no podía competir justamente contra los demás. Si tan sólo tuviera la oportunidad de demostrar lo que podía hacer. Bajo sus pies ardían las cenizas de lo que en otro tiempo fuera un árbol. Lo único claro era que no terminaría la tesis para ese semestre. Debía pedir otra prórroga.

Miró al cielo ahumado que la cobijaba y deseó quedarse en aquel limbo para siempre, con la tranquilidad que da extinguirse poco a poco.

XI

El coronel Valdivia pidió que lo llevara la teniente Naranjos hasta el punto donde sería la rueda de prensa. Un subordinado le comunicó que no estaba en la comisaría porque le había surgido un inconveniente familiar. Resignado, pidió al primero que vio que lo llevara y a un segundo que le explicara lo que sabían en el camino. Los tres se montaron en la camioneta y el coronel escuchó desde el fondo el informe del copiloto. Si bien todo apuntaba a un incendio provocado, no pudo imaginar la razón. ¿Sería obra de un pirómano? Como si aquella ciudad necesitara más locos. De todas formas, les había hecho un favor al despejar el terreno. El alcalde había llamado en la mañana para que mantuvieran hombres en el área, ya que podrían vender los terrenos a una constructora y hacer más edificios de apartamentos. Alguna tajada le darían después por ello.

—¿Qué se sabe del incendio, coronel Valdivia?

—Sabemos que el incendio se produjo en la colina Santa María en horas de la madrugada. Por su cercanía a las urbanizaciones circundantes, se temió que las llamas y el humo pudieran afectar a los habitantes; pero la rápida acción de los bomberos y las autoridades permitió su

correcta evacuación y el control del desastre, evitando víctimas fatales. Aunque no hemos esclarecido el origen de las llamas, tenemos a un grupo de investigadores encargándose del caso.

—Escuchamos de los vecinos que la colina era habituada por jóvenes que fumaban todo tipo de sustancias, lo que había causado que se convirtiera en un foco de inseguridad e inmoralidad. ¿No es este un llamado a las autoridades para reforzar el control de la zona? ¿El incendio no fue provocado por alguna colilla mal apagada?

—Como le digo, si bien todavía no tenemos información de lo sucedido, barajamos la hipótesis de un posible accidente. Respecto a la preocupación de los vecinos, le aseguro que pueden estar tranquilos. De ahora en adelante, incrementaremos la presencia de las autoridades de forma permanente por el bien de la comunidad.

XII

A Julieta le habían regalado unos binoculares con visión nocturna para su octavo cumpleaños. Al comienzo los usó para ver las aves que anidaban en la colina durante el día y los murciélagos que comían mangos en la noche. Después se interesó en los roedores y más tarde en las personas que llegaban ahí. Usualmente eran jóvenes que se sentaban muy juntos a ver las luces de la ciudad y que terminaban por acostarse unos encima de otros. La fascinaban aquellos movimientos acompasados que no comprendía y que le provocaban un hormigueo en todo el cuerpo al tiempo que le erizaban los vellos del antebrazo.

Solamente ahí veía ese tipo de escenas, pues en la televisión y el internet no encontraba más que gente disfrazada y dibujos animados que ya no le interesaban tanto. Desprovista de una hermana mayor con quien compartir la experiencia, Julieta llevó el secreto a su escuela. Otras niñas dijeron haber visto cosas similares en otros sitios de la ciudad e incluso en sus mismas casas, sin llegar a una explicación. Para desentrañar aquel misterio, aquel ritual desconocido que implicaba la desnudez y la fricción, Julieta organizó una pijamada en su casa. Sus padres le concedieron el permio y aquella noche fueron menos de las apuntadas al comienzo. Ante la presencia de los adultos

y los últimos rayos de sol, improvisaron juegos de muñecas y contaron historias inventadas hasta que llegó el gran momento. Los padres abandonaron la habitación y Julieta quedó junto a otras cuatro niñas. Sacó lo binoculares de la mesita de noche y dirigió la primera mirada hacia la colina. Descubrió tres parejas separadas por diez y veinte entre sí. Una ya había empezado; las otra dos apenas calentaban. Julieta pasó los binoculares y les indicó a las otra dónde mirar. Parodiando los movimientos de los enamorados, las niñas comenzaron a desnudarse y a tocarse entre sí, como hacían ellos. Llevaban algunos minutos así cuando entró el padre de Julieta.

La mamá propuso que llamaran a los papás de todas y se las llevaran; el papá propuso que cada niña durmiera en un cuarto distinto y que se fueran al día siguiente como planearon primero, para no exponer a su hija y a sí mismos a la vergüenza y la confusión. Así lo hicieron y a la mañana siguiente las niñas se fueran cada una para su casa y Julieta quedó castigada: le prohibieron ver o ir hacia la colina y le decomisaron los binoculares.

En la escuela no hablaron del tema y ninguna niña les comentó a sus padres lo sucedido.

Una semana después, Julieta descubrió los binoculares bajo el mesón de la cocina. No les dijo nada a sus papás y en la noche dirigió la vista hacia la colina, ahora quemada. Esperó casi una hora a que volviera algún joven o animal, pero sólo subían y bajaban policías con sus linternas. La tierra quedó muerta y ya no hubo árboles que escondieran frutos ni amantes.

Desde entonces, los binoculares siempre escondidos durante el día, Julieta miró las noches de la colina con un poco de tristeza, descubriendo que la hierba tardaba mucho en crecer y que hasta los policías se aburrieron de pasar por ahí. Una noche vio a unas personas extrañas construyendo casas con plásticos y tablones en lo más alto, junto al río. Sintió miedo y quiso advertirles a sus padres, mas no lo hizo para evitarse otro castigo.

XIII

El teléfono sonó a primera hora. Diego estaba duchándose; Susana corrió a contestar, como si no supiera que no era para ella. ¿Esperaba que Roberto la llamara aunque no le hubiera dado su número? Llevaba puesta la bata y los pies descalzos. El piso estaba alfombrado y la luz se filtraba a través de la persiana. Todo lucía impecable. Cuando llegó a la sala, Marta ya había descolgado.

—¿Quién es? —preguntó como si ignorara la respuesta.

—Don Armando. Necesita hablar con Diego.

—Se está bañando. Dígale que llame después.

Marta parecía angustiada.

—¿Qué le pasa?

—No sé, tengo un mal presentimiento. Cuídese mucho si va a salir, doña Susana.

—¿Para dónde voy a salir si nunca salgo? Déjese de supersticiones y póngase a trabajar.

—Sí, seño.

En ese momento apareció Diego envuelto en una toalla. Recibió el teléfono de su empleada y regresó al baño con él. Susana se acomodó en el sillón y se quedó mirando las

huellas húmedas sobre la moqueta. Marta ya las secaría después, no obstante, estaba furiosa. No le importaban la casa y los objetos dentro, sino la vida que aceptó tener. Vio en aquella mácula una metáfora de sí misma, la representación de un hombre que destruye las cosas a su paso sin darse cuenta. Se levantó, recogió la persiana y miró hacia la calle. Abajo estaban las camionetas y los escoltas. Su esposo salió del baño, la abrazo por la espalda, le acarició la barriguita y le dio un beso en la mejilla para despedirse. Ella todo el tiempo estuvo viendo por la ventana. No era feliz. Giró cuando Diego se fue y descubrió que había pisado los charcos y humedades de la alfombra. Todo estaba embarrado.

—¡Marta, limpie este desastre!

XIV

Diego iba sentado en la parte de atrás. La camioneta subía sin esfuerzo por la cuesta destapada. El exterior estaba tan nublado, que sólo veía su reflejo en la ventanilla. Sobre el cristal, se observó a sí mismo sonriendo, pleno, realizado. Pronto tendría un niño con Susana, el amor de su vida. Se enamoró de ella siendo joven, pero lo había rechazado sin piedad. No la culpó: sabía que la diferencia de clases entre ambos era insondable. Se esforzó en el estudio y el trabajo para conquistarla en el futuro, cuando fuera suficiente para ella. Sólo vivía por aquel propósito. Gastaba las noches imaginando todos los escenarios posibles a su lado, los felices y los trágicos. Conocía el principio y el fin de todas esas vidas paralelas, confundiéndolas a veces con su vida real, triste y vacía.

Transcurrieron los años y supo con horror que era más lo sembrado que lo cosechado, que su propio éxito tenía un límite, una muralla que no podía escalar con el esfuerzo de sus habilidades. Se sentía mediocre a pesar de ser más rico que sus excompañeros de carrera, salvo por Armando. Un buen día lo encontró en un café de la ciudad. Hablaron con nostalgia de su época de estudiantes, recordando el empeño del uno y la desidia del otro; y cómo la vida, aun así, los puso en lugares distintos de la balanza.

—¿Cómo lo hiciste?

—Sencillo. Si quiere le enseño.

La camioneta se detuvo frente a una finca modesta, rodeada de cultivos de coca. Cinco Hombres y mujeres trabajaban quitando las hojas de las plantas con las manos desnudas. No se podían ver más por la bruma, aunque sí se escuchaba el roce de las palmas con las ramas. Diego bajó y caminó al encuentro de Armando, quien lo esperaba sentado en una mecedora de mimbre junto con sus hombres. Todos estaba armados.

—¿Y esta tierra?

—Unos campesinos me la regalaron.

Se hicieron socios aquella tarde. Diego no tardó en multiplicar su fortuna y gracias a ella pudo acercarse de nuevo a Susana, como si fuera el gran Gatsby. Esta vez no lo rechazó. Tampoco se entregó completamente a él, lo toleraba como a otro de sus amigos. Temiendo que escapara de sus manos como en algunos de sus escenarios imaginados, se vio en la obligación de cuidarla, de dejarla encerrada en casa y mantenerla vigilada. A veces despertaba en la noche tras soñar una vida paralela. Su angustia tampoco cesaba al no encontrarla a su lado en la cama. Ella siempre estaba en la sala, junto a la ventana, como un pajarito que mira a través de los barrotes de su jaula.

—Vea las flores que tanto le gustan a su esposa.

—Ojalá le levanten el ánimo. Anda como decaída desde que está en embarazo.

XV

Los otros niños de la cuadra siempre recibieron mejores juguetes en Navidad que Kevin. Sus compañeros de colegio lucieron mejores zapatillas para educación física. Sus amigos tenían una moto mejor que la suya. Cuando comenzó a trabajar como repartidor para el Paisa, descubrió sin sorpresa que nuevamente los otros lo dejaban atrás. Los meseros, su jefe, la otra cocinera y el otro domiciliario tenían celulares inteligentes. Se enviaban mensajes, fotografías, videos y toda clase de cosas por ahí. Cuando llegó en su primer día, una mesera le pidió el número y él había tenido que mentir, diciendo que no lo recordaba y que tenía el celular arreglando. Ahorró tres meses, faltando a las reuniones de sus amigos, absteniéndose de comprar otras cosas y ganándose fama de tacaño en su misma casa, sólo para comprar el mejor celular del mercado.

Cuando llegó con él al restaurante, se acercó a la mesera y le dio su número. Ella dejó de trabajar poco después ahí, pero los dos siguieron hablando a través de mensajes. También lo agregaron al grupo del trabajo y volvió a hablar con personas con las que había perdido contacto hacía mucho. Le pareció sorprendente todo lo perdido hasta entonces e imaginó con horror todo lo que podría perderse si no estaba al tanto de su alrededor, de la

innovación tecnológica y del desarrollo lento y sostenido de la sociedad en la que vivía.

Temeroso de perder algún detalle, Kevin pagaba un plan de datos para su celular y lo llevaba siempre consigo en la mano, incluso dentro del barrio, donde se sentía seguro rodeado de conocidos suyos a pesar de estar en el oriente. Aquella mañana no fue la excepción. Salió de casa con la vista fija en la pantalla y un adolescente, casi un niño, se lo arrebató de la mano y arrancó en su moto. Llevaba una gorra roja y una cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha. No parecía del barrio. Kevin corrió hacia su moto y emprendió la persecución del asaltante. El vecino de al frente vio el delito y se unió a la carrera. Lo siguieron por media ciudad, pasando semáforos enrojo y adelantando carros y busetas sin esperanza de alcanzarlo. En el norte, el hombre cruzó por una calle destapada y se perdió entre callejones de barro y casas improvisadas. Ya no era la colina de antes, ahora era un asentamiento marginal al que conocían como La invasión. Nadie que no viviera ahí se atrevía a entrar.

—¿Y ahora qué?

—¿Tiene un minuto para llamar a un amigo?

El vecino le prestó su celular y Kevin pidió refuerzos para ir tras el ladrón. Unos cuantos segundos después, colgó la llamada y le devolvió el celular al hombre. Este giró la rueda de su moto con intención de regresar.

—Hermano, déjelo así.

—Quién dijo miedo. Yo voy es por lo mío.

XVI

Era cerca del mediodía cuando Yuliana volvió de estudiar y no encontró a su hermano Kevin, quien usualmente volvía del trabajo a esa hora para almorzar en casa y salir de nuevo. Como no hablaban mucho porque él mantenía pegado del celular, ella no le dio muchas vueltas al asunto, tomó la comida que le había guardado su madre en la nevera, la calentó en una paila a fuego lento y se sentó en la cama de su cuarto a comer mientras veía cualquier cosa en la televisión. Le gustaban los shows de misterio y sucesos paranormales.

Transcurrió cerca de una hora. Con los platos ya vacíos sobre el escritorio, se recostó para reposar la comida mientras trataba inútilmente de mantener los ojos abiertos. Le gustaba aquella batalla contra sí misma, contra las fuerzas oníricas que siempre terminaban por poseerla. Aunque lo que más disfrutaba era la fase intermedia entre el sueño y la vigilia, donde perdía la noción del tiempo, de la realidad y de su propio cuerpo. Buscaba extender ese estado el mayor tiempo posible para rellenarlo con alucinaciones de todo tipo que más tarde corría a escribir en su diario. Le hubiera encantado tener un viaje astral, de esos que vio en la tele.

Como la batalla de esa tarde no era especialmente desafiante, cerró los ojos para incrementar la dificultad del duelo. Creyó escuchar la puerta de la entrada y quiso despegar los párpados para ver quién era. No pudo. Tampoco logró moverse. Y si bien su cuerpo quedó inmóvil sobre la cama, su mente seguía en curso. Escuchó que la llamaban y que tocaban de nuevo, con desespero. Yuliana seguía inmóvil y sintió con horror cómo lentamente se iba hundiendo en un sueño parecido a la muerte. De repente, tuvo por idea que, al perder la consciencia, lo único sobre lo que tenía control en aquel momento, no conseguiría volver nunca más a su cuerpo y terminarían enterrándola creyendo que había muerto. Peor aún, imagino que algún día volvía, sólo para despertar en el interior de un ataúd varios metros bajo tierra, gritando lamentos que nadie escucharía. Sin poder abrir los ojos y con las articulaciones fijas, Yuliana luchó como no lo había hecho antes en su propio juego. Por último, rezó para que su hermano volviera del trabajo y la rescatara, pero este nunca llegó.

Ya en la noche, la despertaron los golpes sobre la puerta. Se levantó atemorizada de la cama y corrió despavorida hacia la entrada. Era el vecino de enfrente. Tocó toda la tarde sin que lo escucharan. Venía a decirle que a Kevin lo asesinaron en La invasión.

Yuliana se supo consciente de su cuerpo, de sus lágrimas, de su dolor, y reconoció con tristeza que la verdadera pesadilla era esa, la vida real.

XVII

El área estaba acordonada cuando Rebeca llegó. Llevaba el cabello rubio y crespo al aire. Era la primera vez que entraba en La invasión y tal vez era la primera vez que muchos veían una mujer así. No dudo en tomar fotografías de todo cuanto vio a su paso. Parecía una turista maravillada con la miseria de los demás. Las casas levantadas con tablones y ladrillos rotos, los cables que bajaban desde los postes del alumbrado eléctrico de la avenida para brindarle energía de contrabando a algunas cuadras, el desorden general de las viviendas que creaba un laberinto de miseria, las personas trayendo agua en garrafones y platones del río que quedaba más arriba, las miradas desafiantes de los más jóvenes, las coquetas de los más maduros, las adolescentes embarazadas, los revólveres bajo la camisa, todo quedó atrapado en el lente de su cámara. Aunque no había venido para eso, sino para capturar el cuerpo sin vida de un joven que eligió entrar a ese barrio sin ser invitado.

Rebeca llegó hasta el cadáver y lo encontró cubierto por una cobija infantil, impresa con dibujos de ositos y arcoíris. Seguro algún vecino del barrio la puso encima para evitar la imagen desagradable del cadáver a los niños que se asomaban a las ventanas y a las puertas para ver qué estaba pasando. Aun así, algunos se acercaban al difunto y levantaban la tela para verle el rostro. Luego corrían de

vuelta donde sus amigos para imitar el rigor mortis con una mueca. Ella fotografió el cuerpo desde varios ángulos, tratando de mostrar siempre los niños detrás para crear un contraste entre la vida y la muerte. Se esforzaba por darle algún toque artístico a todo lo que hacía, por nimio que fuera, a pesar de que todas esas fotografías irían a parar al diario más amarillista de la ciudad y estaban condenadas al morbo y al olvido.

Llevaba dos años como fotógrafa de ese periódico y se había convertido en la persona con más tiempo en el cargo. Los demás renunciaron tras recibir amenazas, no resistieron el estar en contacto permanente con la muerte o simplemente se aburrieron. Ella no disfrutaba su trabajo. Tampoco le aborrecía. Pensaba en una labor necesaria que mostrara la violencia de la ciudad más allá de gráficas y relatos tristes. Quería entregarles a los lectores la imagen cruda de la realidad.

Una vez la policía forense levantó el cuerpo y se lo llevó en el camión que usaban para ello, el resto de policías empezaron a irse también y un par la acompañó hasta la avenida, donde brillaban las luces de los edificios, los anuncios, los escaparates de las tiendas y los autos que iban y venían. Rebeca sacó su cámara, vio las fotografías que hizo y giró el rostro con dirección a La invasión. Le pareció increíble que existiera un mundo como en el corazón de uno de las zonas residenciales más cara de la ciudad. Cruzó la avenida y tomó una última foto, donde se veían a lo lejos la barriada y en un primer plano una valla que publicitaba apartamentos con jardines y piscinas.

XVIII

Brayan estaba con Camila en un motel cuando lo llamó Kevin. Hacía el amor todos los días, tal vez con el ansia de comprender que la vida se les acababa, de que cada día estaban más muerto que el anterior.

—¿Quién es?

—No dice. Ojalá sea importante.

De saber que era él, ni siquiera le hubiera contestado, pero como lo hizo desde un número desconocido, desde el celular de un vecino, descolgó creyendo que era el Tico.

—Brayan, soy yo, Kevin. Ayudame.

Quería que lo acompañara a La invasión para recuperar el celular que le habían robado. Brayan ni se inmutó y le colgó sin darle ninguna respuesta. Puso el teléfono sobre el suelo y se entregó de nuevo a las manos y los labios de Camila.

Kevin fue su mejor amigo en el colegio: le ayudaba en los exámenes, lo ayudaba con las niñas, le compartía de la comida que llevaba, jugaban maquinitas juntos. Mientras este se graduó y ahora trabajaba como domiciliario de un restaurante, Brayan abandonó las aulas para unirse a la banda del Tico. Habían vuelto a hablar hace poco por redes sociales. Recordaron con nostalgia los tiempos

pasados, los partidos de futbol, las incursiones a las casas abandonadas, las trepadas a los palos de mango, las correteadas por el barrio tocando timbres, la vez que recorrieron media ciudad pidiendo plata vestidos de diablos, las pedaleadas hasta la cancha de don Antonio y luego hasta el río. Querían hablar de todo eso en persona y cuadraron una cita que nunca sucedió.

Brayan se dio cuenta del asesinato al día siguiente. ¿Hubiera cambiado algo de haberlo acompañado? Levantaron el cuerpo y lo llevaron de vuelta al oriente. No se supo más del celular ni de la moto. ¿Debía vengarlo? Velaron al finado esa misma noche. Doña Marta lloraba de rodillas, con la cabeza oprimida al ataúd. ¿Debía consolarla? Ella lo reconoció y le agradeció que estuviera ahí. ¿Lo trataría igual si supiera que no lo ayudó? Él no lloraba, sólo repasaba la mirada perdida por toda la sala donde ocurría el velorio. Vio a Yuliana destrozada, cubriéndose el rostro con ambas manos para que nadie la viera sufrir, y a su lado el vecino con el que Kevin dijo que estaba. Se acercó a él y le pidió detalles. El vecino tampoco había entrado en el barrio y también se sentía culpable. Supo de su boca que el ladrón era casi un niño, de gorra roja y cicatriz en un pómulo, aunque existía la posibilidad de que el asesino fuera otro. ¿No tenía la misma culpa de todas formas?

Kevin fue en la mañana siguiente al entierro y después se reunió con el Tico.

—¿Qué hacemos con lo de este pelado?

—Pues vamos a cazar a esa gonorrea, ¿sí o qué? De paso le mandamos un mensaje a Nando.

XIX

Mónica llevaba varios meses pensando en renunciar a su cargo o en pedir un traslado. Ya no aguantaba más ser acosada por su jefe. Irse sin denunciarlo provocaría que fuera otra quien sufriera las consecuencias. Sin embargo, no podía quejarse dentro de la institución porque él tenía mucha influencia. ¿Qué podía hacer?

Al llegar a la inspección, le dijeron que el coronel Valdivia quería hablar con ella. Entró en su oficina y dejó la puerta abierta.

—Cierre.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Qué tenía para decirme, coronel?

Valdivia se levantó de su silla, caminó muy cerca de su lado y cerró la puerta con pestillo. Ella respiraba entrecortadamente. Después se paró detrás suyo y le puso las manos sobre los hombros, descargando su peso en ellos.

—Señorita Mónica.

—Teniente.

Valdivia deslizó una mano hasta su cuello. Ella sudaba frío.

Tenía el cuerpo petrificado a pesar de que su voz pudiera sonar desafiante.

—Teniente Naranjos, ¿no le encomendé personalmente que se encargada de la colina esa quemada? Ayer encendí la televisión y adivine qué me encontré en las noticias.

Subió la mano por su nuca y la tiró del cabello para verla a los ojos.

—Coronel…

Valdivia la besó en los labios. Ella mantuvo la boca cerrada. No tuvo la fuerza suficiente para apartarlo. Podía hacer que la retiraran de cargo, como ya había hecho con una excompañera suya.

—¡Una puta invasión! Yo necesitaba esa tierra limpia y ahora tengo un barrio entero ahí construido. ¿Por qué nadie me dijo nada hasta ahora?

Deslizó la mano de nuevo por su clavícula y le agarró un seno violentamente. Ella trató de detenerlo. La besó en el cuello.

—Coronel, no, por favor. Si no me respeta a mí, por lo menos respete a mi esposo que es otro hombre como usted.

—¿Me va a hacer el feo a mí, que soy su jefe?

—Por favor…

Tocaron a la puerta. El coronel se separó de ella y le dio la espalda.

–Quiero que limpien esa joda. Y piense cómo me va a recompensar este error. La espero mañana en la noche ya sabe dónde, sin falta y sin maricadas.

–Mónica se levantó sin decir ninguna palabra, abrió la puerta y salió embistiendo a la persona que esperaba afuera.

XX

Édgar trabajaba para don Armando como capataz de una de sus fincas. Llegó a trabajar como otro peón más. La paga era justa y el trato distante, como le gustaba. No quería inmiscuirse en los asuntos de nadie y Armando tampoco le contaba nada, tal vez no le contara nada a nadie. Siempre pensé que por la misma discreción lo ascendió a capataz. Más tarde se enteró del negocio de la coca y le cambiaron el machete por una escopeta. Ya no mandaba sólo entre los hombres y las mujeres que iban a trabajar honradamente, sino también sobre los escoltas y los sicarios. Tenía fama de bruto y todos le temían como al mismo Armando.

Édgar estaba entado sobre la verja con la vista puesta sobre la carretera destapada. Les daba la espalda a sus trabajadores porque sabían lo que tenían que hacer. Mientras tanto, él se encargaba de vigilar qué carros y qué gente pasaba por ahí. Si veía algo sospechoso, prendía la camioneta y salía detrás con dos pelados. Nadie aparte de Armando tenía asuntos pendientes ahí.

Como tantos otros días, vio en el horizonte una camioneta azul con bodega cubierta. Se paró en la mitad de la vía y esperó a que el vehículo frenara frente a él. El conductor pitó varias veces. Édgar caminó hasta la ventanilla del

timón y le preguntó al chofer qué tanto hacía por ahí, todos los días y tan temprano.

—Vengo a mercar en el pueblito de más adelante, porque todo es más barato allá.

—Usted compra barato para ahorrarse unos pesos.

—Sí, claro.

—¿Y si mejor le propongo un negocio? Yo necesito llevar una mercancía para la ciudad. Le pago de sobra para que haga mercado donde quiera y que aun así le quede plata.

—¿Y qué hay que llevar?

—Nada, unas cajitas con fruta, no más.

—Ah, pues hagámosle.

Édgar le ayudó a parquear la camioneta dentro de la finca y sus muchachos subieron las cajas.

—¿Cómo es que es su nombre?

—Fabián, pero todos me conocen como el Paisa.

Édgar le entregó una de las cajas.

—¿Quiere verlas? Usted debe saber harto de esto.

El Paisa tomó la caja y se dio cuenta que era muy pesada para llevar sólo fruta. La puso sobre el suelo y tras retirar las naranjas y las hierbas que estaban encima, descubrió varios paquetes plásticos. Édgar sacó una navaja y cortó el envoltorio para mostrar el polvo blanco.

—¿Sí sabe qué es? Mucho cuidado, pues.

—Yo no llevo eso. No me quiero meter en problemas.

Édgar sonrió y le estiró un fajo de billetes equivalente a dos buenas semanas del restaurante. Detrás de él había dos hombres cruzados de brazos, con las pistolas marcadas bajo la camisa y la mirada atenta.

—¿No teníamos en un trato?

XXI

Nando estaba en lo alto de la terraza de su casa amarilla cuando recibió la llamada de Pacheco. Los paquetes habían llegado. Bajó al primer piso y les ordenó a Estiven y a Piquiña, antes sentados en el mueble, que descargaran la mercancía. Pocas más cosas había en esa sala que un televisor, un buen equipo de sonido, unas sillas y la mesa. Los muchachos amontonaron las frutas encima del sillón y los paquetes sobre la mesa larga y metálica, como de procedimientos quirúrgicos. Mientras ellos se quedaron separando las dosis individuales en pequeñas bolsitas plásticas, Nando salió a la calle y repartió la fruta entre las personas de La invasión. Todos lo querían y lo temían como a un dios.

Fue su madre quien le enseñó a ser caritativo con los más necesitados, no por una obligación desinteresada hacia el prójimo, sino porque creía en un equilibrio de la vida en donde las acciones buenas eran recompensadas con otras. Por ejemplo, ella le daba comida a indigente del barrio para cerciorarse de que la defendería en caso de ser agredida por alguien. ¿No viviría el mundo en paz si todos devolviéramos los favores que nos hacen y ayudáramos a otros sabiendo que nos ayudarán en el futuro? Nando también creía en ese pensamiento. No obstante, su punto

de vista era menos dramático y se conformaba con una sonrisa o un sentimiento de admiración sincero.

Fue el mismo Pacheco quien le avisó del incendio aquella noche, ya que estaba en el lugar cuando sucedió. Incluso había visto a los culpables: tres hombres y una mujer embarazada. Sabiendo que la banda del Tico cada vez ganaba más influencia dentro del oriente de la ciudad, Nando puso su vista en el cerro y les ayudó a esos cuatro a que reemplazaran sus cambuches por casas de verdad. Al poco tiempo, él mismo se trasladó con su gente ahí. Sobornaron a los policías que patrullaban la colina y rápidamente erigieron todo un barrio con lo que tenían a mano. No tardaron en llegar más personas del campo y desfavorecidos de la ciudad, que decepcionados por la sociedad buscaron el amparo de su misericordia.

Tras repartir todos los víveres, Nando se acercó al conductor de la camioneta azul que le había traído todo y le dio una propina para que se relejara, porque se veía alterado. Luego mandó a Nando para que siguiera vigilando desde la terraza y entró en la casa porque no confiaba en Piquiña, quien siempre se estaba metiendo en problemas. Sólo el otro día robó un celular en el oriente y el dueño lo persiguió hasta La invasión. Probablemente le hubieran dado su merecido si Pacheco no hubiera salido en su defensa, aunque la riña terminó en un asesinato y la policía y los medios habían entrado al barrio a recoger el cadáver. Preciso, al traspasar la cortina de la entrada, descubrió a Piquiña con las fosas nasales blancas, ojos chiquititos y movimientos eléctricos.

—Mijo, tómese el día libre más bien. Ya ayudó bastante.

XXII

Piquiña salió de casa de Nando. Estaba perdido en el mundo interior que le despertaba la droga. Se montó en su moto y aceleró con dirección al oriente. I había podido robar una vez, ¿por qué no hacerlo de nuevo? Quería el reconocimiento de Pacheco, Estiven y el Nando, quería que reconocieran su valentía y su espontaneidad, aunque a veces eso le jugaba la contra. Ellos miraban con respeto al oriente y el en cambio iba y venía. ¿Tanto les costaba darle algo de importancia?

Cuando todavía vivían en uno de los barrios del oriente, Pacheco lo acogió como a un hermano menor. Se conocieron jugando maquinitas y siempre le llevaba algo de comer y a veces le regalaba monedas para que jugara, ya que Piquiña solía ir simplemente a ver la pantalla llena de luces, a apreciar cómo otros jugaban frente a sus narices.

—¿Vos de dónde sacás plata para traerme comida y regalarme todo el tiempo?

—Unos trabajitos por ahí.

—¿Yo puedo trabajar con usted? Quisiera ganar plata también para comprarme mis cosas.

Pacheco río y lo miró con curiosidad. Le preguntó para qué necesitaba la plata.

—Pa' vestirme bien melo.

Piquiña no iba al colegio y no tenía muchos amigos de su edad en el barrio. Difícilmente encontraría a alguien que compartiera su visión de mundo. Había ido a dos fiestas donde las peladitas lo rechazaron por andar todo andrajoso y por la cicatriz que tenía en la cara.

—¿Y cómo te hiciste eso?

—Un marica que una vez me quiso robar y no me dejé. Me le paré en la raya.

—¿Y qué te quería robar?

—Quería llevárseme esta gorra que tengo puesta, ¿cómo la ves? Estaba muy asado.

La gorra era roja y tenía el escudo de un equipo local de fútbol. A pesar de llevarla gastada por el uso, la portaba con orgullo porque le recordaba lo berraco que había sido en ese momento. Por eso siempre andaba con ella en la cabeza. Era una suerte de amuleto a la que podría entregarse cuando le faltaban las fuerzas y el valor.

Piquiña entró en el barrio donde robó la otra vez. Era el mediodía y las calles estaban vacías porque todo el mundo estaba almorzando. Todavía no reunía para comprarse un revólver y Pacheco y Estiven no le prestaban los suyos, así que sólo iba con un cuchillo de cocina dentro del pantalón. Dio vueltas entre las calles desoladas y al fin divisó a su víctima sentada en el andén de una cuadra con un celular en la mano. Estaba tan emocionado que no se percató que al frente había un parque donde lo estaban esperando.

XXIII

Camila sonrió cuando lo vio de reojo y le marcó a Brayan, que estaba en el parque de enfrente junto con otros dos de los muchachos. Lo vieron acercarse a través de los arbustos de maní, se montaron en sus motos y lo rodearon en cuanto estuvo frente a ella. Piquiña quiso escurrirse entre un pequeño espacio que había quedado entre las motocicletas. Camila lo tumbó de una patada. Se le tiró encima. Trató de inmovilizarlo. La gorra roja quedó en el suelo. El rapaz desenvainó un cuchillo. Le hizo un lance. Ella saltó hacia atrás. Tenía una cortada en la pierna. Sacó su navaja. Se le paró firme. Los otros los rodearon. No intervinieron. Piquiña volvió a atacar. Ella retrocedió. Lo tumbó otra vez con una patada en la cara. Brayan sacó su revólver y entre todos lo redujeron. Bramaba como una fiera contenida. Camila le piso la cabeza, le amarró las manos detrás de la espalda y de la camiseta lo arrastró por la calle hacia la casa de Tico. Estaba furiosa. Al rato cayó en cuenta que Brayan le hablaba.

—¿Está bien? ¿Le consigo algo para la pierna?

—No, dejala así.

Ella trabajaba para el Tico desde niña, por ejemplo de su hermano, primero llevándole paquetes y luego como otra

sicaria más. Se parchaba con los demás y a veces tenía sexo con uno y con otro, sin que ello significara nada. A diferencia de los demás, Brayan llegó a la banda cuando todavía estudiaba en el colegio. A él le intrigaba el mundo de la calle que Camila conocía; a ella le interesaba el mundo que sucedía dentro de las aulas y de los libros. No podía concebir que cuarenta chinos se metieran a un salón seis horas a ver a una señora hablando, cinco días a la semana, diez meses al año, once años de la vida. Se enamoraron de tan diferentes que eran, de aspirar la vida del otro para sí mismos y la suya para el otro. Brayan quería que ella estudiara; Camila quería que él dejara de perder el tiempo en cuadernos y tareas para que se dedicara a lo real, a la acción, a la vida misma. Hicieron el trato de intercambiar roles. Él abandonó el colegio y se dedicó de tiempo completo al Tico; ella quiso entrar a un colegio acelerado, pero en ese momento se dio cuenta que estaba embarazada. No supo que podía abortar y aplazó su promesa nueve meses hasta que tuvo a Ronaldo. El niño le inspiró una ternura que no conocía de sí misma y todos pensaron que retiraría, mas no lo hizo. Como pasó todo ese tiempo encerrada con su mamá, aguantándole la cantaleta, rompió su palabra y se entregó de nuevo a la calle para no pasar mucho tiempo en la casa otra vez. Salía en las mañanas y volvía en la noche o al día siguiente. Ronaldo quedaba con la abuela, doña Mercedes, quien le daba de mamar y le limpiaba los pañales.

—Camila, usted ya es mamá, no puede seguir por ahí, hágame caso que no la quiero enterrar como a su hermano.

Cuando llegaron a la casa del Tico, este los hizo pasar y tiraron a Piquiña en el patio. Lo hicieron arrodillarse ante ellos. Camila le vio la cara, la cicatriz, los rasgos infantiles deformados por el odio. ¿No era ese el futuro que le esperaba a su hijo?

—¿Vos fuiste el que mató a Kevin el otro día?

No contestó. Los muchachos se miraron entre sí. Camila le metió un puño en el estómago. Lo hizo con rabia hacia sí misma porque había dudado. La mente se le llenó de pensamientos que no quería tener.

—Hablá, gonorrea.

Piquiña se dobló en el piso sin hablar. Camila lo pateó a un costado del ombligo varias veces. Al rato cayó en cuenta que lo estaba pateando con su pierna herida porque comenzó a sangrarle más que antes. Piquiña se quejaba sin delatar a nadie. Antes había pensado en criar a Ronaldo para que fuera como ella, para que hicieran vueltas juntos. Era un sueño íntimo que no conocían Brayan ni su madre. ¿Ese bebé que le sonreía al verla llegar a casa merecía su mismo destino, el destino del pobre diablo que estaba babeando en el suelo sin aire, sin futuro?

—No quiere hablar este pirobo, Tico. ¿Qué le hacemos? —preguntó Brayan.

Ella no dijo nada.

—Traiga el taladro.

Piquiña levantó el rostro. Lloraba, no de dolor, sino de rabia e impotencia. Sólo dijo una cosa:

—¡Mátenme o después vengo y los pico a todos, hijueputas!

XXIV

Caía la noche cuando Estiven vio volver a Piquiña. Llegó caminando a tientas, chocando contra las paredes de las casas, la vista perdida mirando más allá del suelo, sin la gorra roja y con el brazo ensangrentado.

—Pelaíto, ¿qué le pasó?

Estiven intentó acercarse y Piquiña lo alejó de manotazo. Nunca lo vio tan furioso. El cuerpo le tambaleaba de un lado al otro y las piernas parecían rendiré con cada paso.

—¿Qué te pasa, huevón? ¿Quién te hizo eso?

A Estiven nunca le cayó bien porque siempre la cagaba con su acelere. De todas formas, verlo así le dolió tanto como tanto ver a un familiar herido. Había aprendido a tolerarlo e incluso a quererlo con el tiempo. Lo dejó seguir un rato solo y luego caminó junto a él en silencio, cuesta arriba, sin preguntarle qué que tanto murmuraba, sin sugerirle que fuera a un hospital porque mínimo le cobraban todos los pendientes. Cuando supo que Piquiña se encaminaba a la casa de Pacheco, se detuvo y le gritó desde lo lejos:

—Vamos a la casa de don Arturo. Ese cucho sabe de curaciones.

Piquiña no lo escuchó y siguió caminando un rato, dejando tras de sí un charquero de sangre. Al dar tres pasos más,

se desplomó sobre el barro seco. Estiven se acercó. Vio aterrorizado el brazo que le habían perforado varias veces. Le tomó el pulso de la otra muñeca. Lo tomó entre sus brazos y lo llevó con Arturo.

La casa en la que vivía era pobrísima: consistía en un único cuarto con un colchón en el suelo, una estufa eléctrica en una esquina y otras cosas que más bien parecían basura encontrada. Arturo le recibió a Piquiña y lo puso sobre el colchón. Tomó un platón de agua que tenía sobre el único asiento y le lavó la herida. Después tomó un poco de café molido que tenía junto a la estufa y lo puso sobre la herida. Luego se quitó la camisa azul que llevaba puesta, la despedazó y le vendó la herida con una parte y con la otra le puso pañitos húmedos en la frente. Más tarde puso a hervir un brebaje.

—Cucho, si usted lo salva, le juro por Dios que no vuelvo a robar ni a matar.

XXV

Santiago se formó junto con otros once compañeros y recibió las instrucciones de la teniente Naranjos. Vistió el uniforme blindado, tomó la escopeta calibre 12 y cargó las municiones. Se colocó en el cinturón dos granadas aturdidoras y una lata de gas lacrimógeno, tomó el escudo y subió a la moto de su compañero de patrulla. Seis motos iguales y una tanqueta atravesaron la ciudad desde la comisaria, cerca del centro de la ciudad, hasta el norte, donde los esperaba La invasión.

Eran las nueve de la mañana cuando llegaron a su destino. Dejaron las motos parqueadas en la avenida y subieron a pie, escoltando la tanqueta. Necesitaban instrucciones de la teniente para comenzar el operativo, pero la habían llamado desde la Alcaldía porque un intermediario de la Secretaría de Gobierno quería interceder para intentar un desalojo pacífico. Mientras lo esperaban, Santiago pensó si él había vivido una situación similar. Desde que era oficial, tenía un sueldo fijo y un subsidio de vivienda que le descotó buena parte de la hipoteca; sin embargo, de niño fue criado por una madre soltera y en varias ocasiones los echaron a la calle por no pagar a tiempo el arriendo. Usualmente venían policías para ese proceso y les dejaban las cosas en la calle, sin ofrecerles ninguna solución.

¿Era justo lo que estaba haciendo entonces?

El intermediario llegó en una camioneta de la Alcaldía y subió junto con dos escoltas. Ellos esperaron abajo. Santiago seguía pensando con la escopeta en la mano. Miró a sus compañeros. Estaban impacientes. Otras veces le habían confesado que no le pusiera corazón, que simplemente siguiera las órdenes y que se ganara su plata sin joderse la cabeza. Los que conocía de cerca ya estaban jodidos. Trataban los problemas éticos de su profesión con alcoholismo, drogadicción, prostitutas, violencia intrafamiliar. Lo peor de todo es que lo habían naturalizado y compartían las experiencias de sus vidas sin uniforme como si ese fuera el curso natural de sus vidas. Miró hacia arriba y rogó para que aceptaran un desalojo pacífico. No quería ser como sus compañeros. Reflexionaba eso cuando escuchó los gritos de las personas. El intermediario y los escoltas bajaron corriendo. La teniente dio la orden de empezar la evacuación.

Subieron todos juntos coordinadamente, como piezas de engranaje, y lanzaron los gases lacrimógenos primero. Los habitantes respondieron lanzándoles piedras. Seis se juntaron y levantaron los escudos para recibir el ataque. Otro policía, detrás de la muralla humana, lanzó una granada aturdidora. Las personas se dispersaron y ellos continuaron. El operativo iba según el plan hasta que escucharon disparos. Santiago y los otros se cubrieron detrás de las primeras casas y siguieron lanzando gases. Los disparos continuaban. Su compañero de patrulla se

había quedado atrapado más adelante. Vio a un hombre bajar con un machete en la mano. Santiago levantó la escopeta por instinto. Creyó que había apuntado a la mano y disparó.

XXVI

María estaba cerca de la puerta del Hospital Distrital cuando Miguel llegó en una ambulancia. Corrió a asistir a los paramédicos y guio la camilla hasta la sala de emergencias. Escuchó el informe de sus compañeros y luego revisó los síntomas vitales por sí misma. La herida estaba en la cabeza, así que uno de los paramédicos salió a llamar al especialista; el otro se quedó con ella y le comentó en voz baja:

—Hay un problema, no tiene seguro médico.

María lo miró a los ojos con tristeza. Sus manos se detuvieron en el aire sobre el paciente. Aunque en su época de estudiante y en su primer año de trabajo había prometido atender a todos los pacientes que llegaran a sus manos, sin importar su condición, poco a poco había adoptado la lógica que imperaba entre la mayoría de sus compañeros. Posó sus dedos sobre el pecho del paciente y se vio a sí misma en el reflejo de la ventana. ¿Qué pasaba si lo atendía? Podría ser que el hombre se recuperara y después no tuviera con qué pagar la cuenta, lo que lo hundiría en la depresión y tal vez lo llevara al suicidio. ¿No estaba siendo muy dramática? En todo caso, el director del hospital le podría un memorando y tal vez le descontaría

los gastos de su sueldo... ¿En qué momento comenzó a pensar así? El cirujano entró en el cuarto.

—¡María, en qué está pensando! Llevémoslo a la sala de cirugía.

Ella corrió con la camilla detrás del cirujano e intentaron salvarle la vida por largos treinta minutos, sin ningún resultado. El cirujano abandonó la sala sin agradecerle su trabajo y ella se quedó ahí junto al cadáver. No lloró como en sus primeros días. Cada mes fallecían varias personas en la ciudad de forma violenta, de vejez o por enfermedad. Y ya no le dolía ninguna de esas muertes. ¿Le dolería acaso la suya? María tomó el bisturí. Se cortó en la yema del dedo índice. Ahora podía decir que había dolido.

XXVII

Miguel fue para la joven Gabriela un mentor, un amigo, un aliado. Ella había llegado desplazada de una vereda cercana junto con su madre. Entre todos les ayudaron a erigir cuatro paredes. Fue durante esa "obra" que lo conoció. Le interesó su modo de ver la vida, su desafío al Estado y todas sus representaciones. ¿Vivirían así si estuviera en Europa o Estados Unidos? ¿Acaso ellos tenían la culpa del destino que les había tocado o era culpa de los narcotraficantes, los paramilitares y los guerrilleros? No, le aclaró él. Era culpa de un Estado incapaz de brindarle bienestar a sus ciudadanos. ¿Cómo podía permitir que esas cosas les pasaran? ¿Cómo pudieron asesinarlo las mismas personas que trabajan para salvaguardarlo?

De todas las personas que vivían en La invasión, era el único que pensaba en el barrio como un sitio de resistencia y no como un rincón abandonado del mundo. Enterarse de su muerte le destrozó el alma, aunque también le dio un motivo para alzar su voz, una voz que no callaría nunca más ante las injusticias.

Gabriela fue de casa en casa para reunir a quienes lo conocían. Los reunió a todos cerca del río donde solían bañarse y lavar la ropa. Se puso de pie sobre una roca ante la pequeña multitud y los invitó a unirse como él hubiera

querido que fuera el barrio, como un solo ser pensante, capaz de velar por sus partes. Si el Estado no estaba ahí para ellos, ¿no se tenían a sí mismos al fin y al cabo? Pidió a los que sabían escribir que hicieran pancartas y ese mismo día más de cien personas salieron de la colina con dirección a la plazoleta frente a la alcaldía. Marchaban no sólo para reclamar la muerte de su amigo, para pedir que no hubiera más intentos de desalojos, sino también para que los reconocieran, para demostrarle a toda la ciudad por la que ahora caminaban que allá, en lo alto de una montaña donde ya no crecía el pasto, vivían un montón de personas que ya no estaban dispuestas a abandonar su hogar otra vez.

XXVIII

Los turistas y las personas que estaban en la plazoleta salieron despavoridos cuando vieron llegar la turba. No tenían megáfonos, así que gritaban amplificando sus voces con las manos. Los vigilantes de la entrada no eran suficientes para detenerlos, aunque ellos no quisieron tomarse el edificio. Su única intención era hacerse escuchar.

Los medios de comunicación llegaron rápidamente al lugar y entrevistaron a algunos manifestantes. Por fin les daban un espacio para mostrarse de una forma distinta a criminales, como solían identificarlos. El sol ardía sobre sus cabezas y la sombra del edificio de la alcaldía se proyectaba hacia el otro lado.

Pacheco se acercó a Gabriela. La cabeza la tenía trabajando sólo en función de la venganza que le debía a Piquiña. Quería irse cuanto antes.

—¿Esto si va a funcionar?

—Hoy no. Lo importante es estar aquí, para volver mañana y los días que hagan falta.

Sofía, la secretaria del alcalde Guzmán, se asomó de nuevo por la ventana. Tenía miedo. No podía creer que esas

personas tuvieran el descaro de exigir que los dejaran vivir allá gratis, cuando ella tenía que pagar arriendo al igual que la mayoría de las personas de la ciudad. El alcalde estaba a su lado y descubrió en su mirada que compartían la misma opinión.

—¿Cómo los ve, doc.?

—¿Qué es lo que quieren? Esos letreros están mal escritos; gritan todos a la vez y no se les entiende. Imaginate, vienen a pedir y ni saben hablar ni escribir.

—Quieren que reconozcan La invasión como barrio, que les construyan acueducto y red eléctrica.

—Eso fue culpa de Valdivia, que se le pasó la mano cuando quiso desalojarlos. ¿Y ahora qué hacemos?

—Doc., ¿mandamos al intermediario?

—La otra vez lo sacaron chonteado. Vamos a pensar qué hacer.

—Olvidé decirle que llamó Roberto, el director de la constructora interesado en comprar el terreno de la colina, precisamente.

—Con este chicharrón, yo lo veo complicado. ¿Qué opina el resto de la ciudad? No quiero perder puntos ahora que se acercan las elecciones.

—Ni sabrían que esta gente existía, pero ahora... Podríamos hacer una encuesta.

—Hágala. Yo voy a llamar a Valdivia para que mande los antidisturbios. Si quieren protestar, van a tener que hacerlo de otra forma, no con este escándalo.

—¿Qué le digo al señor Roberto cuando vuelva a llamar?

—Dígale que espere sin desanimarlo, que estamos haciendo el papeleo.

XXIX

Mercedes salió de casa con Ronaldo en brazos su nieto. Debía cuidarlo ella porque la mamá salía todos los días a robar o a asesinar, a ganarse la vida de la única forma que sabían los jóvenes del barrio: quitándole la de alguien más. El niño se había ensuciado y no tenía con qué comprarle pañales, así que caminó hasta el parque para pedirle plata a su hija o a Brayan, el papá de la criatura. Siempre que los necesitaba, los podía encontrar ahí. Debía caminar una cuadra y doblar la esquina para encontrarlos, pero tuvo una sensación extraña. Por lo general podía escuchar las risotadas de los muchachos desde ese lado de la calle y no los oyó. Eran las 12:00 p.m. del día y sintió un escalofrío similar al de un enfermo. ¿No estaban ahí a esa hora? Caminó más deprisa y giró corriendo la esquina sólo para encontrar el parque callado, con los cuerpos de Camila, Brayan y otros tres jóvenes ensangrentados sobre las bancas de madera. Las hojas caían de los árboles y no había nadie más que ella y el bebé frente a esa escena. No gritó. Se acercó sin prisa hacia el cuerpo de su hija repleto de agujeros sanguinolentos y lloró con el niño en brazos. Ronaldo reía tratando de alcanzar la gorra roja que tenía su madre en la cabeza. ¿Qué experimentaba tras el dolor de haberla perdido? Mercedes estaba tirada en el pavimento, como si fuera otro cuerpo, pensando en que era ella quien

había fracaso. ¿Tuvo oportunidad de darle una vida mejor? ¿No fueron suficientes sus palabras, las últimas y las primeras? Soñó con verla en el colegio, como ella misma le confesó que quería. Hubiera dado su vida misma porque se graduara y fuera feliz en otro lado, incluso en la misma ciudad, pero lejos de toda la insensatez que la rodeaba. Mercedes se quedó largo rato con la cabeza contra el suelo, mirando la nada, la fachada enrejada de la casa de enfrente, la calle vacía donde Ronaldo gateaba. ¿Era esa su segunda oportunidad? Se levantó con la cara manchada de sangre, bajó el andén y volvió a tomar al bebé. Antes de regresar a casa y escapar a cualquier parte, pasó por casa de Tico. La puerta estaba cerrada. La calle estaba sola, como si todo el mundo hubiera decidido morir dentro de sus casas o como si fuera ella la única muerta y deambulara por el mundo como un fantasma en pena.

—¡La mataron, Tico! ¡La mataron por tu culpa! ¡Mataste a mis dos hijos!

Tico le respondió sin abrir la puerta.

—Perdón, señora. Perdóneme.

Supo que estaba al otro lado de la pared, asustado, perdido.

—¡Hijueputa! ¡Devolveme a mi hija!

—Cálmese y deje de gritar. ¿No ve que la pueden quebrar a usted también? Ábrase de aquí, más bien. Ábrase.

Mercedes miró a ambos lados de la cuadra y la volvió a encontrar vacía. Le dio una patada a la puerta y se fue a su casa.

XXX

Tico fue a la plazoleta para deshacerse de Nando, quien le estaba montando competencia en el mercado del microtráfico dentro de la ciudad. Le habían comentado de una manifestación de las personas de La invasión y creía que él la lideraba. No fue así, en su lugar encontró a una joven entusiasma que le recordó a sí mismo de joven, cuando comenzó a dirigir la banda. Por supuesto, fue escoltado por las dos personas a las que más confianza les tenía, Brayan y Camila. Rodearon la multitud buscando algún rostro conocido y luego se fueron sin encontrar a quien buscaban.

—Ve, Camila, ¿y esa gorra roja? ¿Te volviste hincha?

Él mismo conducía la camioneta y los llevaba en los asientos de atrás, como si fueran sus hijos.

—Qué va, me la encontré por ahí y me la puse.

Cuando llegaron al barrio, parquearon al lado del parque y se sentaron a hablar en las bancas de madera junto con otros tres muchachos de la banda. Estuvieron ahí un rato hasta que vieron pasar a dos tipos que no eran del barrio. Eran Pacheco y Estiven.

—¿Y estos qué? Tico, ¿los echamos por las buenas?

—Vamos a ver que quieren.

Brayan fue el primero en pararse de la banca. Cuando lo hizo, descubrió que había otros dos en la otra esquina y uno más detrás de donde estaban.

—¡Tico, corra!

No les dieron tiempo de defenderse y uno a uno fueron cayendo. Luego se acercaron a rematarlos. Pacheco se ensañó con Camila al verle la gorra roja. Tico alcanzó a escapar y se encerró en su casa. Estaba tan asustado que ni si quiera se cercioró si lo habían seguido. Recostado sobre la pared, al lado de la puerta cerrada, se palpó buscando su revólver y vio que lo habían herido. No podía salir. Seguro seguían ahí afuera. La sangre brotaba. Hacía frío. Le sudaban las sienes. Le temblaban las manos. ¿Era ese su final? Se sentó sobre la baldosa helada y esperó que ocurriera un milagro.

XXXI

Gustavo estaba sentado frente a su escritorio jugando cartas en el computador. El resto de policías en la comisaría estaban todos reunidos sobre el celular de Fernández, probablemente viendo porno o videos gore. Llevaba seis meses como oficial y todavía no congeniaba del todo con sus compañeros. Por eso prefería estar frente a la pantalla, gastando las horas inactivas de su turno respondiendo emails, jugando o respondiendo el teléfono. La noche transcurría sin novedades mientras él pensaba su próxima jugada. Se consideraba a sí mismo un aburrido y eso le preocupaba. Llevaba soltero dos años y el recuerdo de su ex a veces lo atormentaba, no porque la quisiera aún, sino porque se sentía demasiado solo. Por esa misma razón, el viernes pasado había ido a un club nocturno. Procuro llevar una gorra y lentes oscuros para que no lo reconocieran. No quería sentirse más avergonzado de sí mismo. Observó el espectáculo de las mujeres en la barra desde la distancia, con un vaso lleno de whisky que nunca probó. Los demás hombres permanecían de pie cerca del escenario, tras la cinta de seguridad, estirando sus brazos para tocar a las bailarinas y rozándoles billetes que ellas más tarde recogían con la boca. ¿Para qué fue a un sitio como ese? Recostado sobre la pared del fondo, el vaso lleno en una mano y el otro brazo cruzado sobre el vientre, descubrió

a su lado a una mujer que lo miraba con insistencia. No tenía nada en común con su expareja y eso le gustó. Se acercó y le preguntó por el precio de sus servicios. Una vez enterado, caminaron juntos por un pasillo contiguo lleno de puertas cerradas. Entraron por la única abierta a una habitación diminuta en la que sólo había espacio para la cama y un tocador con espejo donde la mujer se arregló el pelo y el maquillaje.

—¿Te parezco linda?

—Sí, mucho.

Sonreía a pesar de la mirada triste. Se desvistió mientras bailaba; él la veía sentado en el colchón sucio. Acariciaba con impaciencia una de las almohadas. Sintió ganas de decir cualquier cosa. Estaba ansioso.

—¿Sos feliz con este trabajo?

Ella le respondió con una mirada fría. Aun así, siguió desvistiéndose.

—¿Y es que vos sos feliz en tu trabajo?

Las palabras de aquella mujer retumbaron en sus oídos desde entonces. De más está decir que salió del lugar sin haberla tocado. Eso sí, le dejó unos billetes por las molestias. Enfocó de nuevo la pantalla y vio que había perdido por no jugar a tiempo. En ese instante sonó el teléfono.

—Buenas noches, le habla el oficial Gustavo Benavides desde la comisaría, ¿en qué le puedo ayudar?

La persona al otro lado del teléfono era un hombre adulto con acento antioqueño.

—Buenas noches, oficial. Tengo una información que podrías serles útil.

—Claro, como no. ¿De qué se trata?

—Dentro de La invasión, en la casa amarilla que hay en lo más alto del barrio, tienen organizado una expendedora de droga. Las personas que manejan eso son alias Nando, alias Piquiña, un tal Estiven y otro que se llama Pacheco.

Gustavo se quedó helado. Nunca había recibido una llamada de eso tipo. Usualmente llamaban niños que se dedicaban a hacer bromas, mujeres que pedían auxilio porque el esposo las estaba maltratando o dueños de discotecas y locales que querían controlar una trifulca.

—¿Aló? ¿Me escuchó lo que dije?

Dentro de la comisaría corría el rumor de que el coronel Valdivia estaba recibiendo sobornos de narcotraficantes. ¿Debía comunicarle esa información a un superior como ese? ¿No podría actuar por él mismo?

—Sí, lo escuché perfectamente. Muchas gracias por confiar en la Policía. No se preocupe que nosotros nos encargamos del resto.

Gustavo colgó el teléfono y apagó el computador. Sus compañeros lo miraron intrigados desde el otro lado de la sala.

—¿Qué querían?

Gustavo los miró y pensó un rato si debía decirles o no.

—Nada, otra broma.

XXXII

Sin la competencia del Tico, Nando se hizo con el monopolio del microtráfico en la ciudad. Contactaba con Armando, los camiones llegaban cargados en la mañana, los muchachos empacaban las dosis en la tarde y en la noche las distribuían a los vendedores ya listas. Las casas de La invasión mejoraron considerablemente y las pocas cuadras que la conformaban rápidamente se convirtieron en varias manzanas. Todos los días llegaban personas del campo y de otros barrios pobres de la urbe. Venían con la intención de hacer parte de ese milagro que estaba ocurriendo ahí. Una de las nuevas personas que llegó fue Jaime, al que más tarde todos conocieron como Resbaloso porque siempre lograba escapar cuando era inminente que lo capturarían. Con la ausencia de Estiven, que se retiró y comenzó a trabajar en un taller de carros cuando Piquiña se mejoró, el Resbaloso se convirtió en una de las personas en las que Nando más confiaba. No podía decir lo mismo de Piquiña, que se volvió más neurótico y más torpe que antes.

Según les había dicho, Resbaloso también venía del oriente de la ciudad. Admitió haber trabajado para el Tico, aunque se quedó sin trabajo luego de que lo encontraran muerto dentro de su casa, abrazado a un crucifijo que no pudieron

quitarle porque los músculos de las manos y los brazos se habían tensado como piedras. Tuvieron que llevarlo así al cementerio, con el cuerpo hediendo a carne podrida porque nadie lo fue a buscar sino dos semanas después de que desapareciera. Los pocos sicarios que quedaban de la banda sólo le habían servido ocasionalmente y les dio igual que se muriera. Aunque, eso sí, hubo varios que se quisieron pelear las rutas y los contactos. Armaron sus propias bandas, delimitaron sus territorios y luego la ambición les pudo y terminaron matándose entre sí. Por ese tiempo el barrio se puso más caliente que nunca y Resbaloso prefirió irse.

—En cambio acá es distinto, créalas. La gente no sólo lo respeta, don Nando, sino que lo quieren como un padre. Chimba ser como usted. Es casi un Robin Hood, ¿no? Qué visaje.

Resbaloso llegó preguntando por Nando. Tocó en la puerta de varias personas y ninguno le dio razón. Pacheco y los demás se pusieron alerta y casi lo dejan por ahí tirado sin siquiera darle oportunidad a que hablara.

—Relajados, parceros. Yo lo que quiero es trabajar. Tengo experiencia en esto —les comentó cuando lo abordaron con los revólveres en la mano.

Como iba desarmado, llamaron a Nando y este dejó que lo escoltaron hasta su casa. Resbaloso llevaba ropa que le quedaba grande y el pelo tusado. Nando le prestó un arma y junto con los muchachos lo llevaron al río en lo alto de la loma, donde practicaban puntería. Entraron en el agua

con las manos en alto para no empapar las armas hasta quedar sumergidos a la altura del pecho. La corriente era fuerte y el líquido helado. Más adelante Resbaloso vio varias cuerdas tendidas de orilla a orilla entre los árboles. De ellas colgaban zapatos y peluches amarrados con cordones. El viento los movía a un lado y al otro.

—Venimos a entrenar acá porque el agua es como el viento cuando vas en moto. Tenés seis balas. Pegale a tres, pues, si es verdad eso que decís.

—¿No son creyentes?

Resbaloso levantó el arma con ambas manos. Miró atento el movimiento oscilante de los tenis sobre la cuerda. Respiró profundo.

—Este cree que está en una película.

Todos rieron y después guardaron silencio para ver qué sucedía. Cuando fue oportuno, Resbaloso disparó tres veces, acertando todos lo tiros. Los muchachos se giraron a ver a Nando con la boca abierta. Estaban sorprendidos. Este sonrió y le puso una mano encima.

—Falta ver que así sea allá afuera. Ahora que puso la vara tan alta, no nos vaya a decepcionar.

—Claro, patrón.

Todos salieron del río y se compartieron una toalla para secarse. Resbaloso hizo ademán de devolverle el arma a Nando. Este se la rechazó.

—Quédesela, la necesita pa' mañana.

XXXIII

La clínica Cristo Rey quedaba en el norte de la ciudad. Fue ahí donde el doctor Carlos Barragán atendió a Susana en la sala de partos. Diego había insistido en entrar, aduciendo que era amigo del médico, pero al final se tuvo que quedar en la sala de espera. Con la ayuda de la enfermera, desvistieron a Susana, le pusieron la bata de paciente, la recostaron en la camilla amoblada e impecable y le pidieron que pujara. El doctor le ofreció unos tranquilizantes y ella los rechazó. Diego sólo escuchaba los bramidos del otro lado de la puerta, recogido sobre sí mismo por la ansiedad y el aire acondicionado.

No muy lejos de ahí, Mariela también daba a luz en la casa de Cleotilde, la partera del barrio. Ella llegó vistiendo una licra que tuvo que quitarse al final para quedar desnuda de la cintura hacia abajo. La recostó en la colchoneta de yoga donde dormía, que había encontrado tirada en la basura de un gimnasio, y le puso un palo en la boca para que lo mordiera. El calor en el interior de la vivienda era insoportable. Las dos mujeres sudaban y se limpiaban con un trapo que se pasaban la una a la otra. Las moscas volaban alrededor del charco de sangre sobre el suelo que cada vez se hacía más grande. A diferencia de la otra mujer, del otro lado de la puerta no había ningún padre esperando al

pequeño. Los niños del barrio se reían mientras veían por la ventana abierta.

—Estos vergajos... ¿Los espanto?

—Déjelos que miren, para que aprendan cómo se viene al mundo.

Susana tuvo una pediatra que se encargó de ella durante todo el embarazo. Cada dos semanas la visitaban en su consultorio y ella les decía cómo se iba desarrollando el bebé. Con ella pudieron consultar todas sus dudas, la dieta más adecuada y los ejercicios que todavía podía hacer no sólo para entregarse al sedentarismo, sino también para mantener la forma y evitar las várices. También supieron que era un niño y pudieron verlo antes de que naciera gracias a un par de ecografías.

—¿Y cómo le van a poner a hora que saben su sexo?

—A ella le ha dado con que se llame Roberto. Será hacerle caso, ¿no?

—Roberto es un bonito nombre.

—Claro, entre ustedes se dan la razón.

Los tres rieron.

Mariela tuvo que afrontar el embarazo por sí misma. Como no consiguió trabajo, salía a la avenida a pedir limosna en los semáforos. En la mayoría de los casos, los autos pasaban de largo y ella ni siquiera sabía si la veían porque iban con los vidrios polarizados. Llevaba consigo una sombrilla para defenderse del sol y de la lluvia. Los días

eran siempre malos, pero lograba comer alguito gracias a la colaboración de sus vecinos, en especial de Gabriela. Los más entusiasmados con ver al bebé eran los niños de la cuadra, que esperaban tener un amigo más de juego.

—¿Y cómo le va a poner, doña Mariela?

—Si es niño, como el papá., Domingo.

—¿Y si es niña?

—Gabriela, como mi amiga. ¿No les parece?

A pesar de eso, los niños le comentaban los nombres que se le ocurrían cada que la veían.

Cuando terminó el parto, el doctor Barragán tomó a la criatura en brazos y le dio una nalgada para que llorara. La enfermera se acercó con vario pañito húmedos y le limpiaron toda la sangre que tenía en el cuerpo. Después se lo llevaron a la madre. Ella sonrió al verle lo deditos redondos e hinchados. Diego entró en la sala y ella se lo entregó, aunque dejó de sonreír. Después de tenerlo en sus brazos, el doctor acompañó a Diego a la sala de espera de nuevo y le preguntó con la voz muy baja si quería que le hiciera una prueba de ADN al bebé.

—Si mi mujer ni sale de casa.

—Sólo para estar seguros.

La sangre inundaba el piso. Después de convulsionar y experimentar escalofríos, Mariela finalmente dio a luz a su bebé. Cleotilde lo tomó y le abrió las piernas.

—Es niña.

Después la sumergió en un platón llenó de agua y quiso entregársela a su madre, pero se detuvo al darse cuenta que había muerto.

XXXIV

La señora Gloria vivía en La invasión y se enteró del trabajo porque vio un anuncio en el celular de su hija. Llevaba ya varios meses sin laborar y aunque sólo era un puesto como empleada para reemplazar por unos días a la doméstica contratada originalmente, se emocionó al recibir la llamada de confirmación. Le pidió prestada ropa a una vecina porque creyó que la suya era poco apropiada, madrugó a eso de las cuatro de la mañana para llegar a tiempo y caminó hasta el barrio Álvaro Urdaneta, en el otro extremo de la urbe. Cuando llegó a la comuna, las piernas la amenazaban con dejarla caer, sin embargo, se distrajo viendo las fachadas inconcebibles de las viviendas, con jardines y portones eléctricos. Golpeó en la dirección indicada. Le abrió un tal Diego que la miró de arriba abajo antes de dejarla pasar. Primero le presentó a su esposa Susana y a Roberto, un niño de brazos que acaban de tener; y luego le enseñó la casa, en la que bien podrían vivir veinte personas. Al final del tour le entregó su uniforme azul con blanco.

—Bienvenida. Nuestra otra empleada ha estado deprimida por la muerte del hijo y decidimos darle un descanso, aunque ya no trabaja igual… Si se hace bien las cosas, puede que la dejemos trabajando con nosotros.

A pesar de que a Gloria le temblaban las piernas por la caminada, se esforzó en sus labores e hizo todo lo posible por complacer a sus jefes. Rápidamente se ganó el odio de Susana, quien permanecía todo el día en la casa cuidando del niño; y se ganó también la confianza de Diego, quien estaba todo el día afuera. Aspirar la alfombra, limpiar el polvo de los cuadros y las figuras decorativas, sacudir los muebles y los portarretratos, limpiar la piscina, regar las plantas, cocinar, lavar los baños y los platos, botar la basura, poner la ropa en la lavadora, tender las camas, barrera la calle, cambiarle los pañales al bebé, prepararle tintico a los escoltas que entraban muy de vez en cuando, todo lo hizo con una sonrisa en la cara mientras se iban agotando los quince días del reemplazo. Sus jefes seguían sin decir nada sobre contratarla definitivamente.

El suceso determinante ocurrió cuando le faltaban sólo dos días para terminar. Diego se despertó de buen humor porque iba a tener unos invitados especiales para el almuerzo. Según le dijo, eran los dueños de una constructora con los que iba a invertir en una nueva casa, ya que su esposa andaba todo el tiempo triste y él pensaba regalarle el hogar de sus sueños a ella y al hijo.

—¿Una casa mejor que esta? Imposible.

Diego se despidió porque tenía que hacer una vuelta urgente, prometiendo que volvería para comer; Gloria salió a comprar las flores para el centro de mesa y los ingredientes para hacer la pasta que tanto les gustaba a sus patrones, y que había aprendido a preparar viendo

videos en el celular que compró con el adelanto. Volvió a casa y los invitados llegaron cuando estaba preparando la comida. Uno de ellos, el que le pareció más guapo, se presentó como Roberto. Y fue entonces cuando sucedió. La señora Susana se acercó a la puerta y sonrió al verlo, la vio sonreír por primera vez desde que Gloria estaba trabajando ahí. No hubiera sospechado nada si su jefa no fuera evidentemente infeliz hasta ese momento. Algo raro ocurría entre ambos y ella estaba dispuesta averiguarlo. Los dos hombres que venían con él se sentaron a la mesa y Susana caminó con Roberto hacia el jardín interior, en el fondo de la casa. Gloria tomó la regadera como pretexto y los siguió para ver qué tramaban. Oculta tras el arco de la entrada, los vio besarse al borde la piscina y les tomó una fotografía con su celular. Luego regresó a la cocina y sirvió la comida. Diego volvió a los pocos minutos y tuvieron una cena agradable donde hablaron sobre cómo sería la nueva casa, la coincidencia entre los nombres del bebé y el invitado, y lo insegura que se estaba la ciudad. La patrona no dejó de reír todo el tiempo hasta que sus invitados se fueron. Luego de eso, volvió a ser la misma desgraciada.

En la noche, cuando Diego se acercó a la nevera por un bocadillo, Gloria lo abordó y le comentó lo que había visto. Su jefe no dijo nada. Ella le mostró la foto para asegurarse el puesto de empleada.

—Siga trabajando conmigo. Yo estaba esperando un examen, pero ya está todo claro…

XXXV

Pacheco estaba parado en la terraza, pendiente de que nadie sospechoso entrara en el barrio. No tenía necesidad de hacerlo porque la gente sabía bien lo que tenía que hacer. Aun así, le gustaba verse a sí mismo como un protector, ser la mirada que caía desde el cielo hacia la tierra.

Pacheco escapó de casa cuando era niño. El papá lo maltrataba a él y a la mamá de formas que no le había descrito a nadie. La calle no es un buen sitio para dormir y menos para un niño. Trabajo en un semáforo limpiando parabrisas por un tiempo, pero lo dejó porque un vagabundo se la tenía montada y lo robaban todo el tiempo, golpeándolo cuando se resistía. Probó suerte robando y lo lincharon dos veces, aunque siempre hubo alguien que se compadeció de él y evitó que lo mataran. Se fue llenando de odio hacia el mundo y hacia sí mismo, por eso comprendía a Piquiña, porque había sido como él. Sin embargo, Pacheco supo darle un giro a su vida. Comenzó a acercarse a los muchachos que parchaban en el parque del oriente. Los escuchó hablar de la guerra que existía entre las bandas de Tico y Nando, y apostó al lado perdedor porque en el fondo quería que lo mataran rápido. Abandonó todo propósito de vida, incluida la venganza, y

se convenció de que había venido al mundo únicamente para sufrir. Se acercó a Nando y esperó que este también lo humillara, que este le confirmara los pensamientos construidos sobre sí. No lo hizo. Por el contrario, lo acogió como uno de los suyos y lo convenció sólo con su amabilidad de seguir viviendo.

Por supuesto, Pacheco supo cómo pagarle. Se agarró a la vida con la única necesidad de servir a su superior, de devolver todo lo recibido, de compensarle una gratitud sin fin ni explicación. Nunca le llevó la contrario, nunca antepuso sus propios intereses. Incluso cuando volvió a ver la gorra de Piquiña sobre la cabeza de esa jovencita, cuando le hirvió la sangre de sólo pensar cómo había visto a su amigo, tirado en una cama con el brazo destrozado; incluso ahí, llamó a Nando y le pidió instrucciones. Tuvo que cazarlos a todos de una sola vez para evitarle represalias a su jefe. Y como otras veces, cumplió su objetivo. ¿La vida tenía un sentido más allá de los encargos que recibía en el día a día? Estiven se había retirado y estaba seguro de que Piquiña no viviría mucho. Ahora tenían a Resbaloso. ¿Qué pasaría si Nando muriera? ¿Trabajaría para otro? Seguía sin descubrir que su vida podía tener un futuro.

El cielo estaba vacío sobre La invasión y lleno de nubes hacia el sur de la ciudad. Nando lo llamó y le pidió que quebrara a un man por orden de arriba. Él nunca pedía explicaciones. Y si se las hubieran dado, no cambiaría en nada lo que tenía que hacer. Una vida más, una vida menos.

¿Por qué debía preocuparse por los demás? ¿No habían tenido ya su vida? Pacheco bajó de la terraza, se puso una camiseta verde fosforescente, salió la calle y encendió la moto.

Bajó la colina sin problemas, sin pensamientos. Cuando estaba trabajando, no solía tener nada en la cabeza ni en el corazón. Atravesó la avenida de un extremo al otro, transformando el paisaje con la velocidad de su vehículo. Cruzó en un semáforo y se paró frente a un restaurante con el nombre que le habían dado, sin apagar la moto. Los autos estacionados cerca eran de lujo. Tras las vitrinas de las tiendas vio trajes que nunca se pondría en la vida. Ninguna de esas imágenes le produjo odio o envidia, pues había aprendido el lugar que le correspondía y ahora podía decidir entre quién vivía y quien no. Pudo sentir el olor de las carnes y el frío de la lluvia que amenazaba con caer. Revisó la foto que le mandaron al celular y reconoció el rostro en un hombro que buscaba parar un taxi. Miró hacia atrás. Sacó el revólver. Apuntó a la cabeza. Disparó. Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco Veces. Arrancó la moto. La gente gritaba. Algunos se tiraron al piso. Comenzó a llover. Atravesó la calle en contravía para que no lo siguieran. Giró en el semáforo. Se perdió entre la avenida.

—Nando, ya hice la vuelta.

—Gracias, mijo.

—Una pregunta.

—Dígame.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Y eso?

—Curiosidad.

—Roberto.

—El que te dejó el culo abierto.

—Tan marica. Coja seriedad.

XXXVI

La profesora Alejandra estaba convencida de una cosa: el diablo andaba suelto en la ciudad.

Comenzó a sospecharlo cuando encontró animales muertos por la calle en repetidas ocasiones, siempre cerca de su casa. Era como si sólo estuviera ahí para que ella los encontrara. Después los asesinatos se dispararon. Alejandra salía siempre temerosa de ser la siguiente, no obstante, se sabía protegida de un ser superior. Cuando llegaba a casa, se sentaba en el sillón con un rosario y le daba las gracias a Dios por dejarla vivir un día más. A eso le siguieran la marcha y los disturbios de la gente de La invasión. ¿Se volvieron locos? Lo último ocurrió una mañana que estaba en clase y dos estudiantes le habían pedido permiso para ir al baño. Dictaba una clase de matemáticas de tercero de primaria en un colegio para niñas. Como sus alumnas tardaron más de lo usual, se levantó de su escritorio, dejó a la más pila a cargo y fue a ver qué pasaba. ¿Qué encontró? Las dos niñas se estaban dando besos en la boca como adultos. Las pequeñas se detuvieron y se quedaron viéndola con una gran sonrisa en la cara, sin miedo ni vergüenza de haber sido descubiertas, como si estuvieran poseídas. Fue tanta la impresión, que no pudo evitar gritar y alarmar al coordinador que pasaba por el pasillo. Por suerte no le comentó lo sucedido y les dejó pasar la travesura a las

estudiantes. Al fin y al cabo, no tenían la culpa. Todo era obra del demonio que se había apoderado de la ciudad. Aunque eso sí, las castigó y les enseñó que eso no se debía hacer jamás entre mujeres. Cuando les preguntó dónde aprendieron eso, le respondieron que lo habían visto en la colina que se veía por la ventana. ¡Era La invasión! Sólo una cosa estaba clara: todo el mal provenía de ahí. ¿Podría hacer algo para remediarlo?

Desde niña había querido entregarse a la vida sacra, dedicarse a la caridad y a Cristo como Santa Teresa. Envidiaba a las monjas que veía caminar por el colegio porque ella hubiera querido estudiar en un convento, vivir una vida distinta a la suya donde su único pensamiento fuera Dios. ¿Qué ganaba espiritualmente siendo profesora, ganando poco más del mínimo para luego llegar a casa y sentirse vacía? ¿La existencia no tenía un sentido profundo que estaba ignorando, que no podía pensar lógicamente? La idea abandonarlo todo se había instalado en su cabeza y aparecía constantemente como un pensamiento obsesivo. ¿Acaso todo lo que sucedía a su alrededor era una señal divina, un mensaje cifrado que ella debía revelar para bien del mundo?

Cuando terminaba las clases, en lugar de irse a casa como el resto de sus compañeras, se quedaba leyendo en la biblioteca del colegio. Dio con la historia de un sacerdote que había purificado toda una ciudad al sembrar tres cruces en lo alto de un cerro. ¿Y si hacía lo mismo en La invasión? ¿No necesitaban esas gentes el mensaje de Cristo, su Señor, para que sus almas tomaran el buen

camino? Miró a su alrededor y por un pequeño instante sintió vergüenza de sus pensamientos. La idea estaba ahí, pero no tenía la voluntad suficiente para llevarla a cabo. ¿Qué necesitaba? ¡Una señal!

Por supuesto, no la encontraría sentada en una biblioteca. Salió del colegio y corrió entre las calles de la ciudad, aventándose a lo carros, chocando con las personas, tropezando con los andenes. Nada de es tenía el mensaje que ella buscaba. Comenzó a caminar, agotada, hasta donde estaba reunida una multitud. Una mujer de cabellera rubia y ensortijada, con el chaleco del periódico más amarillista, tomaba fotos de la escena. Se acercó a ella y preguntó qué pasaba.

—Se tiró del décimo piso con el hijo.

Alejandra dirigió la mirada entre los brazos y las espaldas de lo chismosos y descubrió un brazo que apuntaba en una dirección sobre un charco de sangre. Miró en esa misma dirección y dio con la colina de La invasión. ¡Era el mensaje!

Pagó un taxi y fue inmediatamente hacia allá. Le dio una propina generosa al conductor cuando llegó y subió la cuesta a pie. Ya no sentía cansancio, más bien un alivio de realización. Un niño con el brazo lleno de estigmas se le acercó preguntando qué quería.

—¿Aquí tienen una iglesia?

—No.

—¡Yo les voy a construir una!

XXXVII

El mayor Raúl Quintana vino desde la capital para realizar el operativo.

Tres hombres entraron a pie, disfrazados de indigentes que buscaban comprar una dosis; otros cinco subieron en motocicletas; subió además una camioneta; y él mismo supervisó todo desde el helicóptero. Sobrevoló el área cuando recibió la llamada del hombre que tenía adentro; el llamó a su vez a sus hombres.

Los disfrazados desenvainaron los fusiles que tenían dentro de los costales que tenían al hombro y dispararon a los que opusieron resistencia, entre ellos un adolescente al que más tarde identificaron como alias "Piquiña" por las heridas que tenía el brazo derecho.

Sus hombres inspeccionaron una a una todas las viviendas de La invasión, comenzando desde abajo. Según la estrategia militar, estaban en desventaja porque desconocían la zona y el enemigo estaba en terreno elevado. Para eso estaba Raúl en el aire. Observó a través de la mira que un hombre joven, montado sobre la terraza de una casa amarilla, advertía a los demás cómo debían moverse. Tenía un revólver en la mano y hablaba por celular con la otra. No era a quien buscaba, así que le disparó con

la ametralladora. Las balas tenían tal calibre que hicieron sendos cráteres sobre el pavimento de la plancha. Más tarde supieron que el abatido era la mano de derecha de Nando, un tal Sebastián Pacheco.

Sus hombres llegaron a la casa amarilla, la que estaba en lo más alto de la colina.

—Mayor, no hay rastro de Nando aquí. Cambio.

—Mantengan la posición. Cambio y fuera.

Raúl ordenó al helicóptero que sobrevolara alrededor de la casa amarilla. Cerca había un río donde le era difícil ver por las copas de los árboles. De todas formas, tomó la ametralladora e hizo varios disparos. Un hombre salió corriendo detrás del tronco de un árbol.

—Encontré a Nando. Sigan hacia el norte y atraviesen el río. Lo necesitamos con vida. Repita. Lo necesitamos con vida. Cambio.

Sus hombres se desplazaron a través de la maleza y llegaron a la orilla del río. Nando estaba del otro lado y les ofreció resistencia, disparándoles mientras se cubría detrás de una roca. Raúl era el único que lo tenía en la mira porque el helicóptero se había puesto detrás del perseguido. Sus hombres no podían rodearlo porque tenían que atravesar el río, que se veía profundo. Tampoco sabía cuánta munición tenía Nando. ¿Debía dispararle y evitar que sirviera como testigo contra otros narcos? No tenía el combustible para alargar tanto el operativo. El tiempo se agotaba. Las personas de La invasión podrían interferir y arruinar la

misión. Debía decidir y decidió. Cuando estaba a punto de dispararle por la espalda a Nando, vio que se le acercó un hombre joven, con la cabeza tusada. Le hizo señas a Nando y los dos comenzaron a correr sobre la hierba mientras los agentes luchaban por cruzar el río. Unos metros después de su huida, el hombre redujo a Nando y le quitó el arma. Sus oficiales se acercaron y esposaron a Nando mientras que al otro lo vitoreaban como a un héroe.

Lo era. Se trataba de un policía que había recibido una llamada con información importante sobre Nando. Como no confiaba en el coronel Valdivia, se comunicó directamente con el general Martínez. No era primera vez que oía algo similar sobre Valdivia, así que lo escuchó con atención. Entonces el mismo general lo autorizó para infiltrarse al interior de la estructura criminal. Algunos de sus antiguos compañeros lo sabían y por eso no lo mataron ni capturaron cuando tuvieron oportunidad. Por eso lo conocían dentro de La invasión como Resbaloso, aunque ignoraban que se tratara de un agente encubierto.

XXXVIII

La captura de Nando y la desarticulación de toda su banda le dieron al alcalde Guzmán la imagen favorable que necesitaba para la reelección, aunque bien es cierto que no hizo mucho, salvo firmar una autorización para el uso del espacio aéreo. Además de eso, exponer todo lo que se ocultaba en La invasión generó la imagen desfavorable sobre la comunidad que él buscaba para poder desalojarlos con la aprobación del resto de la ciudad. Tenía comerciales en la televisión, pullas en la radio, vallas gigantescas en las principales avenidas y encuestas favorables. Nada podía salir mal. De sus rivales, sólo una podía plantarle cara y era una independiente, así que no tenía el respaldo de ningún partido político ni de nadie. Se sintió tan confiado, que no tuvo pudor al hacer las declaraciones que hizo a la prensa.

—¡Los vamos a sacar!

Dado que su círculo social era reducido porque procuraba ser selectivo con sus amistadas, y como todos pensaban similar a él, lo tomó por sorpresa la pregunta que le hizo la periodista. Lo esperaba de todos menos de ese periódico de tres pesos, que vivía de publicar fotografías de muertos y accidentados.

—¿Dónde los piensan reubicar?

Él no había pensado en eso y por primera vez en la entrevista titubeó. Sudaba. Sintió apretado el nudo de la corbata. Por suerte no era una conversación televisada, aunque una mujer rubia insistía en grabarlo con su celular. Llevaba ya cerca de un minuto sin ofrecer una respuesta. ¿No sería mejor ser sincero?

—Porque los piensan reubicar, ¿no?

Total, nadie lo iba a ver.

—No. Lo que tenemos que entender es que esas personas se asentaron ilegalmente en unos predios que pertenecen al municipio y que se estaban negociando con una constructora para crear viviendas calidad.

Sin la protección de Nando y su pandilla, estaba claro que el coronel Valdivia sabría hacer su trabajo para barrerlos del mapa. Esa opinión la compartía una de las pocas personas que vio el video que más tarde subió la rubia a redes sociales: Armando. Había perdido sus socios en el oriente y el norte de la ciudad. La invasión era el lugar ideal para seguir vendiendo al detal y ahora él mismo podía apoderarse de ese mercado. Su único obstáculo era entonces el alcalde, que de ser reelecto acabaría con sus planes.

—¿Qué pasara con las personas que viven ahí?

El alcalde no supo responder. Se limitó a levantar los hombres con exageración y a mostrar una sonrisa cómica.

Gabriela también vio el video. Tenía a las personas preparadas para enfrentarse a otro intento de desalojo. Creía que toda la responsabilidad de la comunidad caía sobre sus hombros.

XXXIX

Cuando Samuel le comentaba a algún desconocido que trabajaba como escolta del alcalde, solían pensar que estaba de acuerdo con sus ideas. Nada más lejos de la realidad. Aborrecía la forma como trataba a sus subordinados y le parecían depreciables los comentarios que hacía recurrentemente sobre La invasión porque él tenía conocidos allá. Incluso bromaba con sus amigos diciendo que le dispararía por la espalda si tuviera ocasión o que lo dejaría morir si lo malhirieran. A pesar de los comentarios, Samuel procuraba hacer bien su trabajo, apartando a las personas que se le acercaban demasiado o defendiéndolo de las peleas en las que se metía borracho. Como la paga no era mala, pensaba acompañarlo en el futuro. Y hablando con otros escoltas se dio cuenta que los jefes solían ser insoportables, por algo los necesitaban ahí, porque había gente que los quería muertos. De todas maneras, Samuel solía pensar que nunca le pasaría nada porque los asesinados eran en su gran mayoría personas pobres que se terminaban haciéndose criminales por la falta de oportunidades.

Como estaban en plenas elecciones, le habían redoblado la seguridad porque Guzmán iba de barrio en barrio convocando mítines y regalando mercados. Ahora Samuel

se encargaba de manejar la camioneta que lo transportaba y detrás suyo iba otra con dos escoltas más.

—¿Y vos por quién vas a votar? —le preguntó Guzmán una vez.

Le había visto hacer esa pregunta a otras personas sólo para verlas incómodas. Él tenía que mentir para conservar su trabajo, no fuera a ser que lo despidiera por ser sincero.

—Por usted, claro.

—Si no me reeligen, esta ciudad se les vuelve un ocho con la inseguridad y esa gente de La invasión.

Samuel procuró no contestar esta vez. Prefería votar por Alina Gutiérrez, la candidata independiente que le robaba el sueño a Guzmán. Llevaba ocho años como concejal y se había hecho famosa por su oposición al actual gobierno.

—Samuel, por qué no parás aquí y me compro alguito. Tengo un hambre que me voy a doblar. Eso, por acá. ¿Te traigo algo también? ¿Nada? ¿Algo de tomar? Okey.

Guzmán bajó y lo acompañó uno de los otros escoltas mientras él y el restante se quedaron en la calle junto a las camionetas. Prefirieron hacerlo así porque el establecimiento era pequeño. Estaban alerta por si veían alguna moto o alguien sospechoso. Nada. Los minutos pasaban y el alcalde no salía. Samuel avisó a su compañero y cuando se disponía a entrar, Guzmán salió del restaurante y se subió a la camioneta.

—¿Qué? ¿Estabas asarado?

Rodaron tres calles y se detuvieron en un semáforo, al lado de un taxi. La camioneta quedó pisando la cebra. Una mujer pasó cerca y les recriminó con gestos. De repente, Samuel vio que un hombre lanzó una granada desde el andén. Quedó debajo del auto. Samuel quiso arrancar en rojo. Explotó.

XXXX

Alina Gutiérrez era la segunda candidata en las encuestas. Defendía el aborto, la legalización de la marihuana, las leyes para proteger el medio ambiente y un reparto más equitativo de la riqueza, aunque, claro, no podía hacer nada de eso como alcaldesa. Lo que sí podía hacer era solucionar el problema de La invasión como ella creía que debía ser abordado. Por esa razón fue a visita la colina, sin escoltas ni periodistas.

Le dijeron que la detendrían en la entrada y no lo hicieron. Le dijeron que la apuntarían con un arma y no lo hicieron. Le dijeron que la robarían en cuanto pusiera un pie en la colina y no lo hicieron. Llegó hasta las primeras casas y no encontró a nadie. Las calles estaban desiertas. Sólo una mujer con un crucifijo en la mano deambulaba por ahí, con movimientos nerviosos y mirada lunática.

—¿Dónde están todos?

—Más arriba, con Gabriela. ¡Dios la bendiga! —le respondió sin mirarla.

Intrigada, Alina ascendió hasta la casa amarilla que quedaba en lo más alto. Sobre la terraza, vio a una jovencita que le hablaba a cerca de doscientas personas, sin micrófono y sin guion. Todos la escuchaban en silencio, completamente hipnotizados por el poder su discurso.

—¡Ahora más que nunca necesitamos organizarnos y exigir que se nos reconozcan nuestros derechos!

Todos vitorearon.

—¡Yo los reconoceré! —gritó Alina como respuesta.

Gabriela la escuchó y la miró sorprendida. Sabía quién era y la invitó a subir a su escenario. Alina traspasó la cortina que fungía como puerta y subió los escalones de cemento hasta llegar a la terraza. Le pareció que la chica era más joven, más delgada y más pequeña que desde abajo, pero en cuanto la volvió a escuchar supo que era la misma, que la movía una llama interior que era gigante y poderosa. Las dos se dieron la mano respetuosamente y Alina dio un discurso muy breve. No había ido con la intención de hablar, sino de escuchar. Así que, terminada su intervención, bajó con Gabriela y se reunión con algunas personas para escuchar lo que demandaban. Querían un reconocimiento de La invasión como barrio, lo que implicaba que debía aparecer en los mapas oficiales de la ciudad y que las casas tuvieran nomenclaturas; querían un acueducto y una red eléctrica; quería un gasoducto; querían vías pavimentadas; y querían que las estuvieran escrituradas. Muchas personas se hubieran escandalizado con los pedidos, Alina entendió que sólo buscaban lo que ella y gran parte de la ciudad tenía hace años. Es más, creyó que las exigencias eran modestas y les propuso su idea: reurbanizar todo el barrio, como había visto que hicieron con la Villa 31 en sus vacaciones en Buenos Aires.

—Lo ideal sería que un urbanista o al menos un arquitecto se encargara de los planos. Lo que sí podemos hacer es una lista con las cosas que les gustaría tener en su barrio.

—¡Un hospital!

—¡Un parque!

—¡Una cancha!

Alina se quedó toda la tarde con esas personas, soñando el mundo que les gustaría vivir.

XXXXI

El alcalde Guzmán murió a las cinco de la mañana debido a las heridas de la explosión. Su escolta sobrevivió.

Siguiendo el Concepto 43181, el gobernador nombró como alcaldesa interina a Sofía Buitrago para que terminara el periodo de Guzmán. Dentro del partido se barajaron muchos nombres que podrían competir en las elecciones contra Alina, aunque ninguna tenía la fuerza suficiente para aparecer desde el casi anonimato y ganar. Confiaron entonces en que Sofía haría un bueno gobierno transitorio y luego podría lanzarse como candidata. Se equivocaron.

Carla Montalván, la misma periodista que hizo trastabillar a Guzmán, no tardó en entrevistarla.

—Alcaldesa, ¿qué es lo que piensa hacer en los dos meses que tiene de poder?

—Como lo dijo el alcalde Guzmán, que en paz de descanse, tenemos que sacar a la gente La invasión para que esta ciudad pueda progresar.

—¿Usted sí piensa reubicarlos?

—Hemos pensado en brindarles unos subsidios para que puedan pagar sus primeros meses de arriendo.

—Muchas de esas personas son desplazadas del campo y otras viven en la indigencia. ¿No sería echarlos a la calle?

—Es una situación que lastimosamente se nos sale de las manos. Fin de la entrevista.

Siguiendo el nefasto legado de su antecesor, la alcaldesa se empeñó en promover una campa de odio contra La invasión, a la que acusó de todos los males que afectaban a la ciudad. Prometió acabar con la inseguridad y terminó cediendo ante los sobornos de don Armando, por lo cual la droga podía entrar fácilmente atravesando retenes y revisiones. Fueron unas pocas semanas caóticas en la que la ciudad pareció retroceder veinte años. El partido no avaló su candidatura y en cambio decidieron retirarse de la contienda.

El día de las elecciones transcurrió con normalidad y en la misma noche se supieron los resultados. Alina se proclamó como nueva alcaldesa de la ciudad.

—¿Qué piensa hacer con La invasión?

—Ya he hablado con ello en distintas oportunidades y juntos ideamos convocar un concurso de diseño arquitectónico para reurbanizar ese asentamiento.

—¿Y cómo piensa afrontar el problema de la inseguridad? Actualmente estamos dentro de la lista de las ciudades más peligrosas del planeta.

—Creo que la violencia es un problema de falta de oportunidades y falta de educación. Así que estamos

pensando en un plan para ofrecer educación primera y secundaría gratuita en colegios públicos y buscamos acercaremos a los barrios más vulnerables para dictar charlas y generar empleos.

—Lo que nos dice suena muy bonito, alcaldesa electa, pero ¿puede la gente confiar en usted?

XXXXII

Gerardo se enteró del concurso de la alcaldía por internet mientras estaba de vacaciones en Miami. No conocía La invasión y tampoco encontró mucha información sobre el terreno, así que preparó una propuesta que no se podía aplicar a la realidad. Era consciente de ello, no obstante, estaba convencido de que ganaría porque tenía contactos dentro de la alcaldía. Así había sido con Guzmán durante sus cuatro años de gobierno. Al final, sus trabajos tenían que ser revisados y corregidos por otros, pero era él quien se llevaba el mérito de todo. Incluso la casa en la que estaba la había diseñado él y luego tuvo que corregirla otro. El sobrecosto era algo que le interesaba a Guzmán, así que ambos ganaban. Sin embargo, se desconectó tanto de su ciudad natal que ni siquiera se dio cuenta que la alcaldesa era Alina.

Le dedicó un día a su trabajo, haciendo bocetos y tomando ideas de trabajos anteriores y de trabajos de otros arquitectos. Lo puso todo en un documento y lo envió por correo certificado. Al día siguiente continuó disfrutando de la playa.

Gerardo estaba ocupado con otros proyectos y terminó olvidando sede la convocatoria. El premio era gordo incluso para él. El descuido se debía a su excesiva confianza. ¿Para

qué preocuparse por algo que está asegurado desde el principio?

Faltando una semana par el fallo del jurado, Gerardo recibió la llamada de uno de sus contactos en la alcaldía. Paseaba por el jardín de su propiedad mientras el cielo se ennegrecía y traía consigo un viento helado.

—Gerardo, recibimos tu proyecto.

—Sí. ¿Cuándo me dan el premio?

Los dos rieron.

—De eso te quería hablar. Las cosas con esta alcaldesa son distintas. Nos tiene cuatro ojos encima y no nos ha revelado el nombre de ellos jurados, no he podido hablar con ellos.

—¿Y entonces?

—Nada, pues que tu propuesta va a competir de verdad contras las otras.

Gerardo se detuvo y contempló el jardín que lo rodeaba. Comenzaron a caerle pequeñas gotas del cielo.

—¿Estás seguro de lo que mandaste? Igual tenés harta experiencia, seguro ganas. Bueno. Era sólo eso. Hablamos luego.

Gerardo colgó el teléfono y lo dejó caer sobre el césped. Se dio cuenta que ese jardín no estaba incluido en su diseño inicial, que alguien más lo agregó y él había pensado todo el tiempo que era obra suya. Comenzó a llover con furia.

El agua estaba helada. Gerardo seguía de pie en el mismo sitio.

Luego de calificar todas las obras presentadas, un jurado internacional decidió que el diseño ganador era obra de una arquitecta recién graduada llamada Cristina Sánchez, quien llevaba trabajando en un proyecto similar para su tesis desde hacía dos años.

XXXXIII

Diego estaba parado frente a la ventana cuando los policías entraron en su casa. Gloria gritó y dejó caer el vaso con café que quería llevarle. El líquido se vertió obre la alfombra. Probablemente la mancha nunca desaparecería. A duras penas se podría disimular.

—¿Qué era lo que ella tanto veía?

Los oficiales lo tiraron sobre la alfombra y le pusieron las esposas. Uno de ellos le leyó sus derechos y lo cargos que tenía en su contra.

—Queda detenido por el asesinato de Roberto Sinisterra en calidad de autor intelectual.

Lo bajaron por el ascensor, lo llevaron a la calle y lo subieron a la patrulla. Diego miró por la ventanilla hacia la ventana de su casa y vio que su empleada lo veía a través del cristal, como su esposa cuando él salía todas las mañanas, aunque sin verlo realmente. ¿Por qué no pudo hacerla feliz?

Lo mantuvieron encerrado en la jaula de la comisaría mientras se desarrollaba el juicio. Otro hombre estaba apresado junto a él. Le faltaba un ojo y tenía todos los dientes torcidos. Le resultaba difícil sostenerle la mirada.

—Yo me llamo José Luis. Me conoce como Flaco. ¿Vos?

Silencio.

—¿Qué hiciste para que te trajeran? Con esa pinta es que estafaste a alguien, ¿o no?

Diego no le contestó.

—A mí me tienen aquí por vender droga. Trabajaba para Nando. ¿Lo conocés?

Alguna vez le oyó decir ese apodo a Armando. También lo escucho en las noticias.

—¿Quién era?

—El que manda en La invasión. Pensé que te ibas a picar y no ibas a hablar.

—No tengo gana de hablar.

—¿Y qué fue lo que hiciste?

Podía mentir, pero ya no tenía caso. Era el castigo que merecía por sus acciones, por salirse del camino correcto para obtener lo que quería.

—Mandé a matar a un hombre.

—Ah, no lo mataste vos. Está bien entonces.

—No está bien, era el hombre que mi mujer amaba. Al poco tiempo se tiró de un décimo piso con su hijo de brazos.

El otro se quedó callado.

—Yo no he matado a nadie, menos mal.

Diego lo miró por encima del hombro. Quería tener la fuerza para matar a ese hombre con sus manos.

—No me mire así, parcerito. No me mire así. ¿No ve que usted y yo somos iguales? Somos escoria.

XXXXIV

Pedro trabajaba en la construcción desde que se graduó del colegio. Como no estaba afiliado a ninguna constructora, tenía meses en los que no encontraba trabajo y otros donde laboraba en dos y hasta tres obras distintas. Pese a ello, no podía ahorrar todo lo que quisiera porque en muchos casos sus jefes no le pagaban a tiempo o lo hacían por partes. Cuando lo llamaron para trabajar en La invasión, creyó que se trataba de otro contrato del mismo tipo y estuvo a punto de rechazarlo. Por suerte, se dio cuenta a tiempo que era un contrato de la alcaldía.

Cuando llegó a su primer día de trabajo en la obra, tenía de miedo por todas las cosas malas que había escuchado sobre el barrio. Pensó que lo atracarían en cuanto se descuidara o que estaría en constante riesgo de muerte. No fue así. Las personas lo recibieron a él y a los demás trabajadores y los servían en todo cuanto podían.

No recordaba muy bien por qué se había decantado por la construcción cuando bien pudo seguir con el restaurante de su madre o la zapatería del padre. De lo que sí estaba seguro, era de la plenitud que sentía cuando terminaba su trabajo y las personas recorrían maravilladas los espacios de su nuevo o remodelado hogar.

Usualmente trabaja en edificios de apartamentos porque era el tipo de construcción qué mas se estaba haciendo en la ciudad. La misma alcaldesa había pensado en construir una propiedad horizontal para los residentes de La invasión y varios de los proyectos presentados al concurso de arquitectura consistían en grandes edificios. La arquitecta Cristina, pro su parte, pensó en un condominio abierto con un parque atravesaba el barrio por la mitad y se conectaba con el río y la vegetación sobreviviente del incendio.

Para comenzar a construir, primero tuvieron que demoler todas las antiguas casas levantadas con bahareque, tablas y guaduas. Apisonaron el terreno para evitar deslizamientos y luego sí comenzaron a edificar. En lo más alto de la montaña levantaron la caseta comunal, que los niños pintaron con animales y flores; en la parte más baja, las viviendas de las personas mayores, para que no tuvieran que sobres forzarse. La cancha la construyeron detrás de la caseta, donde la colina se aplanaba casi como una meseta y también instalaron juegos y máquinas para hacer deporte en el parque transversal.

Más allá del pago oneroso, aquel trabajo supuso un antes y un después en la vida de Pedro, pues la mima alegría que veía en las parejas o en las familias que admiraban su hogar listo para mudarse, lo vio multiplicado por cientos en personas que vivían en las condiciones más deplorables, personas que perdieron los hogares que construyeron con su propio esfuerzo durante años y que habían llegado a una ciudad que les cerraba las puertas a donde quiera que fueran.

XXXXV

Emilio llegó a la sala de redacción a las tres de la tarde y la secretaria le notificó que una mujer lo estaba esperando en su oficina. Su trabajo anteriormente no había despertado la lujuria del sexo opuesto, así que entró y la saludó temiendo que fuera una vendedora o una testiga de Jehová demasiado arriesgada. Se sentó frente a ella y esperó que su interlocutora fuera quien revelara sus intenciones.

—Quiero hacer una denuncia.

—¿Ya lo comunicó a la policía?

—Yo soy policía.

La mujer se presentó como la teniente Naranjos. Estaba ahí para denunciar a su superior, el coronel Valdivia, por acoso sexual. Se encontraba en ese lugar porque dentro de la policía no tenía posibilidades de que la escucharan. Emilio escuchó todo el relato doloroso de la mujer y la acompañó hasta la salida. La teniente se detuvo bajo el marco de la puerta.

—¿Va a publicar algo sobre esto?

La pregunta no encerraba miedo sino esperanza.

—Sí, aunque voy a recoger material primero.

—No tenga miedo de usar mi nombre y mis palabras. Voy a renunciar de todos modos. Ya no puedo más.

Emilio se acercó en su motocicleta al día siguiente a la comisaría cuando todavía no salía el sol. Como no estaba seguro de a qué hora aparecería, prefirió agotar todo el abanico de posibilidades. El coronel llegó a las ocho de la mañana. Entró y poco después salió solo en un vehículo particular. Emilio lo siguió.

Valdivia salió de la ciudad y manejó unas dos horas por la carretera sur. Emilio estuvo siempre detrás a una distancia prudente. Llevaba la cámara y una grabadora dentro del maletín en caso de que las necesitara. Pasadas las dos horas, el auto del coronel entró en una propiedad rural. Emilio se acercó y no vio rastro de su perseguido. Seguramente estaba dentro de la casa que se veía al fondo. Tomó fotografías de la finca.

—¿Qué está haciendo ahí?

Emilio giró y vio que era el capataz. Se subió a su moto y aceleró con dirección a la ciudad. Como vio que nadie lo perseguía, decidió esperar en las afueras, cerca de la cancha de don Antonio. Tras dos horas de paciencia, vio pasar la camioneta del coronel. Lo siguió hasta una casa abandonada en la que vio que Valdivia se reunió con un hombre que lo esperaba adentro, bajo las estructuras derruidas del edificio. Ese hombre era el narcotraficante Armando Vázquez. Fotografió la escena y estuvo a punto de publicar un artículo inmediatamente. Sin embargo, lo meditó mejor y creyó que sería mejor idea hacerle

seguimiento al coronel por varios días más. Así obtuvo imágenes más comprometedoras, donde Armando le entregaba dinero en efectivo.

Tras cinco días, con la información completa, publicó un artículo que conmocionaría al país.

XXXXVI

—Mucha atención, el periódico Testigo acaba de publicar fotografías comprometedoras del coronel Valdivia reuniéndose y recibiendo dinero del capo Armando Vásquez.

—Así es, María Luisa, estas imágenes fueron publicadas acompañadas de un texto donde en donde, además, se acusa al coronel de haber acosado sexualmente a una de sus subordinadas, la teniente Naranjos, quien exclusiva con este medio confesó que el coronel la presionaba para que tuvieran relaciones sexuales al tiempo que la amenazaba con retirarla del cargo si no cumplía con sus exigencias. Ampliaremos esta noticia en breve.

—Último minuto. El testimonio de una segunda mujer se suma a lo confesado por la teniente Naranjos. Se trata de la oficial Pinilla, quien aseguró ante la Fiscalía que Valdivia intentó sobrepasarse mientras trabajan juntos en la misma oficina y ante la negativa de la mujer, el coronel habría optado por retirarla del cargo y despojarla de todos sus beneficios como policía.

—Última actualización de la noticia, un juez acaba de pedir la orden de arresto contra el coronel Valdivia. Fuerzas especiales llegaron a su domicilio y no lo encontraron a él ni a sus pertenencias. Se desconoce su paradero.

Al testimonio de la teniente Naranjos y de la otra oficial acosada por Valdivia, se sumó el de tres de subordinados, quienes aseguraron que el coronel recibió soborno por parte de alias "Tico" para dejarlo distribuir dosis de cocaína en el oriente de la ciudad.

El general de la policía se pronuncia sobre el caso del coronel Valdivia y asegura que es una vergüenza para la institución, que nos los representa y que, por tanto, será degradado de todos sus rangos.

La alcaldesa Alina lamenta el caso de Valdivia y ofrece una recompensa de hasta 30 millones de pesos para las personas que ofrezcan información sobre su paradero. Sus familiares insisten en que no saben dónde está.

Última noticia, se acaba de confirmar que el excoronel Valdivia fue captura en el aeropuerto internacional mientras buscaba abordar un avión destino a Rosario, Argentina.

Así es, Gabriel, el antiguo coronel de la policía intentaba reunirse con sus familiares en tierra extranjera cuando fue sorprendido por las autoridades.

Se estima que, sólo por los delitos de soborno y acoso sexual, Valdivia podría recibir una pena de hasta veinte años de prisión sin beneficios de ningún tipo, salvo que colaborase con las autoridades.

XXXXVII

Armando cabalgaba sobre su percherón favorito. El viento arrastraba la bruma de la montaña y lo tenía atrapado como en el interior de un copo de nieve. Era tan espesa la niebla, que podía agitar la mano en el aire y volver a verla llena de agua. El caballo comenzó a disminuir la marcha. Se detuvo de repente, en medio de la nada. Armando miró por última vez a su alrededor, tratando de ver cuánto había conseguido con su ambición, y no encontró más que neblina. Bajó del animal y lo dejó andar por su cuenta. Perdidas sus conexiones en la ciudad, sus socios estaban encarcelados y sus subordinados comenzaban a abandonarlo por temor a ser apresados también. Nunca se casó pensando que ninguna mujer era suficiente para él. Al fin y al cabo, podía tener a cualquiera si le ofrecía una buena cantidad. Tampoco tuvo hijos porque no quería que nadie lo jodiera buscando una herencia de su parte. Estaba completamente solo. Siempre lo estuvo.

Fue el único hijo del terrateniente más rico de la zona. Su padre venía de la costa. Aprovechó la bonanza marimbera y llegó con el dinero suficiente para comprar la propiedad más grande, la más bonita, pero había pagado como precio el exilio y el estar siempre prófugo. A veces se perdía meses enteros para volver luego como si nada hubiera pasado.

Una vez se fue y no volvió. Armando ya era casi un adulto. Aprendió de la soledad que nadie era más importante que él mismo y aplastó a los demás con tal de conseguir sus ambiciones. ¿Quería conocer qué tan lejos podía llegar? Y ahora que lo tenía todo, ¿qué debía hacer?

Caminó de regreso a casa, con el oído siempre pendiente de la carretera. ¿Esa era la vida que eligió? Escuchó el sonido inevitable de las camionetas. Corrió hacia su vivienda. Oyó que Édgar llamaba a los muchachos. Sonaron disparos. Traspasó la puerta, la sala, el pasillo, el cuarto del fondo, la pared falsa, el túnel hacia ninguna parte.

Los militares capturaron al capataz y dieron de baja a los demás. Entraron en la propiedad. Revisaron los cuartos uno por uno. No lo encontraron. La niebla era tan espesa que podían tenerlo delante y podrían haberlo no visto, aunque comenzaba a disiparse con el viento de la cordillera.

—¿Dónde está?

—No sé.

Le dieron un golpe en la cara al capataz. Repitieron la pregunta y obtuvieron la misma respuesta. Ni modo. Lo montaron en la parte de atrás de una de las camionetas, seguros de que terminaría hablando. Antes de irse, uno de los militares le hizo una última pregunta. La niebla se había disipado.

—¿Hasta dónde llega el terreno de Armando?

Édgar lo miró sonriendo. Le sangraba la cabeza.

–Todo lo que ves, desde esa montaña donde están esas casitas hasta el final de esta carretera y hasta la otra montaña, donde esa gente está recogiendo hojas de coca.

XXXXVIII

Rosa llegó a La invasión, conocida ahora como la colina Santa María, como antes. Subió las escaleras apoyada en la baranda para no evitar caerse en un descuido y vio las primeras casas, de paredes blancas, ventanas ahumadas y techos de tejas rojas. Los niños jugaban en el parque del medio, que atravesaba el barrio por completo. Caminó hasta la dirección que le había indicado y tocó el timbre. Nadie abrió. Fue a la otra dirección y tampoco encontró alguien dentro. Así que siguió caminando hacia arriba. La sorprendió el orden del barrio que, aunque seguía siendo humilde, transmitía una sensación de bienestar imposible un año atrás.

En lo más alto de la colina dio con la caseta comunal, pintada de amarillo con dibujos infantiles. Una joven hablaba por medio de un micrófono. Detrás suyo tenía proyectadas unas gráficas. Los demás escuchaban sentados en sillas plásticas.

—Esto es lo que hemos conseguido con nuestro propio esfuerzo, con nuestra resistencia.

Rosa revisó las fotografías que le dieron en la alcaldía e identificó rápidamente a quienes necesitaba. Escuchó el resto del discurso de la chica y espero a que las personas

abandonaran el lugar progresivamente. Los dos hombres que buscaba estaban juntos. Uno de ellos tenía una niña de brazos. Se acercó a ellos con los papeles en la mano.

—¿Ustedes son Arturo y Mariano?

Los hombres se miraron entre sí, sorprendidos. Nadie había venido a buscarlos desde que vivían ahí.

—Sí. Él es Arturo y yo Mariano.

—Vengo de la Fiscalía. Ustedes pusieron denunciaron ser víctimas de desplazamiento forzoso en la vereda Quintales. ¿Esta información es cierta?

Los hombres estaban más sorprendidos que antes. La niña reía en los brazos de Arturo.

—Armando Vásquez era la persona que los desplazó. Hace un mes realizaron un operativo para capturarlo y aunque escapó, las propiedades que tenía bajo su poder quedaron en manos de la Fiscalía bajo la ley de extinción de dominio. Como antiguo dueños de algunas de esas propiedades, ustedes tienen derecho a reclamarlas como suyas. Ustedes pueden iniciar el trámite ya mismo si quieren. Por eso estoy aquí.

Arturo comenzó a llorar mientras reía. Mariano giró la cara mientras aguantaba las ganas de hacer lo mismo.

—¿Vas a volver?

—No, yo creo que la niña tiene más futuro aquí. Voy a quedarme. ¿Qué vas a hacer? —le preguntó Arturo.

–Yo sí me devuelvo… ¿Me puedo quedar con tu tierra entonces? –le preguntó riendo.

–Quédesela, pero me recibe cuando vaya a hacerle visita.

–Claro. Ahora sí voy a tener la casa más grande de la vereda.

XXXXIX

Gabrielita cumplía ocho años ese día. El despertador sonó a las seis de la mañana. Ella abrió los ojos y se encontró con el tío Arturo parado al lado de la cama. Tenía los brazos escondidos detrás de la espalda.

—¿Qué tienes ahí?

—Un regalo. ¿Quieres verlo ahora o cuando vuelvas?

—¡Ahora! ¡Ahora!

Arturo puso la caja encima de la cama. Gabrielita se abalanzó sobre ella todavía envuelta en cobijas y le quitó la cinta que la sellaba. Una vez abierta, introdujo las manos en el interior y las sacó con unos guayos un poco usados.

—¡Qué bonitos! ¡Gracias, tío!

Se paró en la cama y abrazó a Arturo, golpeándolo en la cara con los guayos por los tenía sujetos con una mano.

—Ahora vístase que tiene que ir a estudiar.

Gabriela se metió al baño a ducharse mientras Arturo le preparó el desayunó. Salió de la ducha, entró al cuarto y se vistió por sí misma. Después se sentó en el comedor y se comió lo huesos pericos en cinco cucharadas.

—¡Melicioso! —murmuró con la boca llena.

Tocaron el timbre. Arturo abrió la puerta.

—¡Mariano! ¿Cómo vas?

—Bien, por allá en el monte cultivando arroz. Vine porque a mí no se me olvida el cumpleaños de esta loquita.

Gabrielita lo rodeó dando saltitos tratando de alcanzar el regalo que él tenía entre manos, aunque por la forma era evidente lo que era. Mariano lo dejó caer y este rebotó. La niña lo tomó en el aire y le quitó la envoltura.

—¡Está rechévere!

—En la tarde queríamos ir a la cancha de Antonio. ¿Te nos vasa unir?

—Pues sí, siempre es bueno que alguien les enseñe como es que se juega.

El timbre sonó otra vez.

—Gabrielita, traiga la maleta que ya vinieron por usted.

Arturo abrió la puerta y saludo a Estiven con un abrazo. Había comprado un Renault viejito y se encargaba de llevar a la niña hasta a la escuela que quedaba en el barrio de al lado.

—¿No la estaremos malcriando?

Gabrielita salió del cuarto con la maleta puesta y se despidió de Arturo y de Marianao. Cuando ya iba a montarse en el carro, se devolvió hasta la puerta donde estaban despidiéndola con la mano y le entregó un dibujo a Arturo.

—Lo hice en la clase de artística.

Después de eso, se montó en el auto y se fueron cuesta abajo.

—¿Qué es eso?

—Una suculenta.

Índice de personajes:

1. Arturo, campesino desplazado y viudo.
2. Mariano, campesino desplazado que soñaba con tener una casa grande.
3. Mariela, campesina viuda y embarazada de Gabrielita.
4. Antonio, dicta clases de fútbol en las afueras de la ciudad y vive con su hijo Julián, que quiere ser futbolista.
5. Andrés, oficinista pulcro.
6. Marta, madre de Kevin y Yuliana, y empleada de Susana y Diego.
7. Fabián, el Paisa, dueño de un restaurante de comida típica.
8. Miguel, campesino, ladrón y revolucionario.
9. Roberto, director de la constructora, enamorado de Susana.
10. Cristina, estudiante de arquitectura y bombera voluntaria.
11. Coronel Valdivia.
12. Julieta, niña con binoculares.

13. Susana, esposa de Diego, enamorada de Roberto.

14. Diego, esposo de Susana, socio de don Armando y jefe de Marta y Gloria.

15. Kevin, hijo de Marta.

16. Yuliana, hermana de Kevin e hija de Susana.

17. Rebeca, fotógrafa de diario amarillista.

18. Brayan, sicario del Tico, amigo de Kevin.

19. Mónica Naranjos, teniente de la policía.

20. Édgar, capataz de una finca de don Armando.

21. Nando, jefe de la banda de La invasión.

22. Piquiña, sicario de Nando.

23. Camila, novia de Brayan, hija de Mercedes y madre de Ronaldo.

24. Estiven, sicario de Nando.

25. Santiago, policía antidisturbios.

26. María, enfermera del Hospital Distrital.

27. Gabriela, joven desplazada que organiza a las personas de La invasión.

28. Sofía, secretaria del alcalde Guzmán.

29. Mercedes, madre de Camila y abuela de Ronaldo.

30. Tico, jefe de la banda del oriente.

31. Gustavo Benavides, oficial de policía.

32. Jaime, alias resbaloso, sicario de Nando.

33. Carlos Barragán, médico que asiste el parto de Susana; Cleotilde, partera que asiste a Mariela.

34. Gloria, empleada sustituta en la casa de Susana y Diego.

35. Pacheco, mano derecha de Nando.

36. Alejandra, profesora de primaria.

37. Raúl Quintana, mayor de la policía proveniente de la capital.

38. Guzmán, alcalde de la ciudad.

39. Samuel, escolta del alcalde Guzmán.

40. Alina Gutiérrez, alcaldesa de la ciudad.

41. Carla Montalván, periodista.

42. Gerardo, arquitecto que vive en Miami.

43. José Luis, vendedor de droga detenido en la comisaría.

44. Pedro, trabajador de construcción.

45. Emilio, periodista.

46. Gabriel y María Luisa, presentadores de televisión.

47. Armando Vásquez, narcotraficante y terrateniente.

48. Rosa, trabajadora de la alcaldía.

49. Gabrielita, hija de Mariela.

Valle Invencible | GOBERNACIÓN VALLE DEL CAUCA
Secretaría de Cultura

1.240-21.3

ACTA DE JURADOS
CONCURSO COLECCIÓN DE AUTORES VALLECAUCANOS XXIII
PREMIO JORGE ISAACS 2020.

MODALIDAD DE NOVELA

Los jurados ANTONIO GARCIA ANGEL, PAOLA GUEVARA Y EDGARD COLLAZOS, designados mediante la Resolución No. 1.240-59.2-76 del 24 de noviembre de 2020, para evaluar las obras presentadas en la modalidad novela del Concurso Colección de Autores Vallecaucanos XXIII Premio Jorge Isaacs 2020. Las 19 obras que cumplieron con los requisitos de participación fueron evaluadas de acuerdo con los siguientes criterios:

- Aspectos formales (puntuación, gramática, uso del lenguaje).
- Solidez de la estructura.
- Verosimilitud, construcción de personajes, argumento y recursos estilísticos del género.
- Voz propia.

Una vez leídas y evaluadas las obras por los jurados y después de deliberar deciden por unanimidad, otorgar los siguientes premios:

Primer puesto: Se otorga a la obra titulada "La Invasión", firmada con el seudónimo María Moliner, en consideración a su buena prosa y la estructura polifónica que atrapa al lector en esta historia sobre el desarraigo y la fragilidad.

Segundo puesto: Se otorga a la obra titulada "El bar del muerto", firmada con el seudónimo Paulina Ospina, porque cuenta un periodo significativo del Valle del Cauca a través de una sólida arquitectura temporal.

El jurado recomienda, publicar de manera impresa las dos (2) obras ganadoras.

Para constancia se firma el 11 de diciembre del 2020.

ANTONIO GARCIA ANGEL PAOLA GUEVARA EDGARD COLLAZOS

Valle Invencible

GOBERNACIÓN VALLE DEL CAUCA
Secretaría de Cultura

Colección de Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs 2020

ISBN: 978-958-59920-6-1